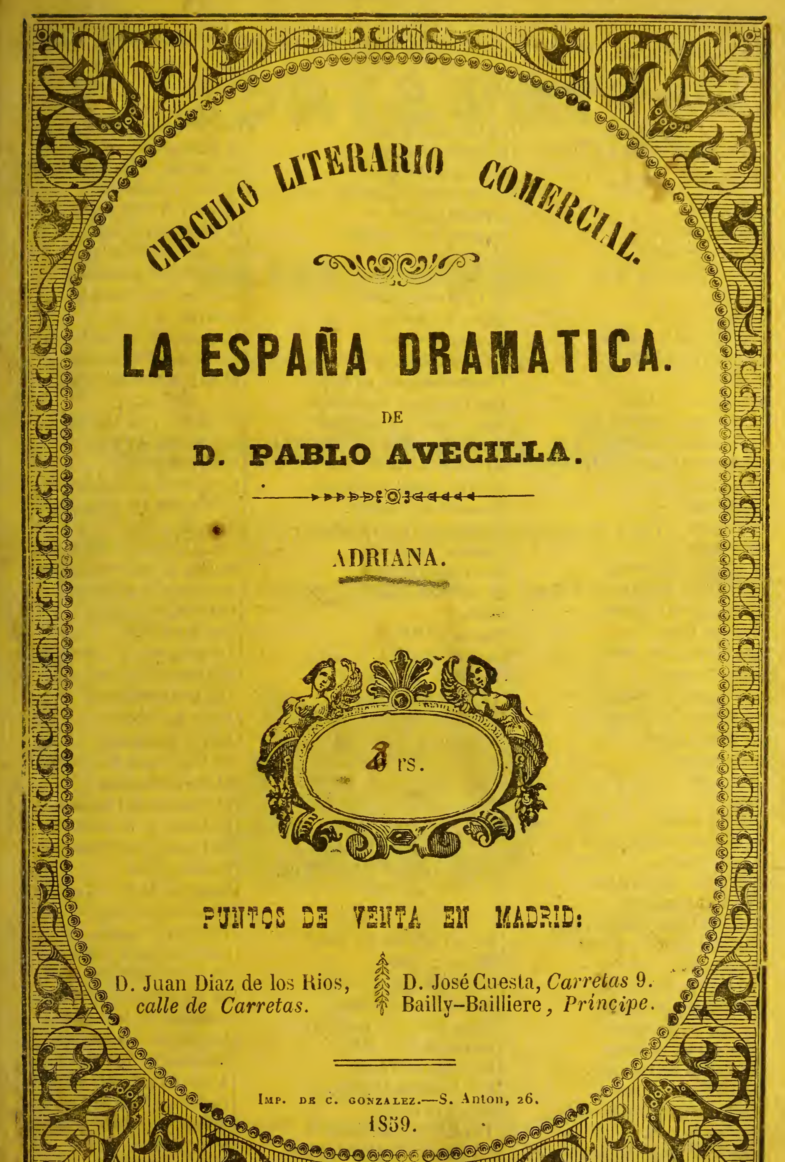

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

ADRIANA.

4 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *Carretas* 9.
Bailly-Bailliere, *Príncipe.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1859.

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de a reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

ADRIANA,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

DE MR. SCRIBE,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR DON VENTURA DE LA VEGA.

Representado en el del Drama el 14 de noviembre de 1851.

Segunda edicion.



N.° 166.

MADRID.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, S. ANTON, 26.
1859.

PERSONAGES.	ACTORES.
ADRIANA LECOUVREUR..	Doña Teodora Lamadrid.
MAURICIO, CONDE DE SAJONIA.	Don Manuel Ossorio.
EL PRÍNCIPE DE BOUILLON..	Don Enrique Arjona.
LA PRINCESA, *su mujer*. .	Doña Maria Rodriguez.
EL VIZCONDE.	Don Fernando Ossorio.
RIGOLET.	Don Joaquin Arjona.
LA DUQUESA..	Doña Concepcion Ruiz.
LA BARONESA..	Doña Dolores Morari.
ADELA.	Doña Cristina Ossorio.
JULIA..	Doña Antonia Villalba.
QUINAULT.	Don Vicente Reina.
POISSON.	Don José Alisedo.
UNA CRIADA..	Doña Zóila Azcona.
UN LACAYO.	Don Mariano Serrano.
UN AVISADOR..	Don Antonio Bermonet.

DAMAS Y CABALLEROS.—ACTORES Y ACTRICES.—LACAYOS.

La accion en París, en Marzo de 1730. (Luis XV.)

ACTO PRIMERO.

Salon elegante en casa de la princesa. Mesas doradas y espejos de la época, sofás y sillones. Puerta de entrada en el fondo: otra á la izquierda, que dá al cuarto del príncipe: otra á la derecha, que dá al de la princesa.

ESCENA PRIMERA.

El Vizconde.—La Princesa.
(Ella sentada á la derecha en un sofá frente al espejo acabando de adornarse: él apoyado en la mesa.)

Princes. Conque nada me contais?
Vizcond. Nada!
Princes. Ay! vizconde, vizconde!.. Tendré que prohibiros asistir á mi tocador, si os venis desprovisto de noticias.
Vizcond. Y si nada ocurre!
Princes. Vamos... algo habrá... algo sabeis... esa cara lo está diciendo.
Vizcond. No, de veras. Cosas insignificantes. Que esta noche en el teatro francés se representa el *Bayaceto*, y que trabajan juntas Adriana y la Duclós: que habrá un gentío inmenso, y...
Princes. Adelante. Ah! decidme: está bien aquí este lunar? *(El vizconde se coloca detrás del sofá.)*
Vizcond. Divinamente!.. Ah! princesa!.. Cada dia...
Princes. Conque, adelante: deciais...
Vizcond. Nada... que la funcion de esta noche será muy concurrida, á causa de la rivalidad declarada que hay ya entre Adriana y la Duclós. Adriana

tiene de su parte al público entero... al paso que la Duclós se halla protejida por varios personajes... por algunas damas de la córte... entre las cuales se cuenta la princesa de Bouillon.

PRINCES. Yo!

VIZCOND. Vos!.. lo cual no deja de admirar y de producir hablillas...

PRINCES. Hablillas!... Y por qué?

VIZCOND. Por qué... Yo no quisiera, princesa...

PRINCES. Y decíais que no habia novedades!.. (*Levantándose.*) Vaya, hablad...

VIZCOND. Pues bien: sabed, ya que os empeñais en ello, que vos, princesa de Bouillon, teneis por rival á la señora Duclós, actriz del teatro francés.

PRINCES. De veras?

VIZCOND. Oh! no hay nadie en París que lo ignore... escepto vos. Y como esto puede, hasta cierto punto, poneros en ridículo... me he decidido... á pesar de la amistad que me une con el príncipe, á contaros...

PRINCES. Que mi marido ha regalado á la Duclós un coche y un aderezo, eh?

VIZCOND. Cierto!

PRINCES. Y una casa de recreo?..

VIZCOND. Cierto!

PRINCES. Extramuros de París... á la salida de los bulevares?...

VIZCOND. (*Admirado.*) Conque lo sabeis?..

PRINCES. Antes que vos!.. Antes que nadie!—Pobre vizconde!.. escuchad... para que os vayais instruyendo.—Ya sabeis que en esta época hay dos cosas que están de moda: las ciencias y la galantería: con lo primero se imita á Voltaire; con lo segundo á Luis XV, nuestro amable soberano. El príncipe de Bouillon, mi marido, como perfecto cortesano, ha conocido el mal papel que haría si no pasara por sábio y por galanteador. Así es, que emplea las mañanas en su laboratorio, dedicado á la química, entre hornillos y redomas y qué se yo cuantos cachivaches; y las noches festejando á la Duclós. Pues bien, no creais que esto me cause la menor pena: al contrario, he perdonado á la Duclós, y

me he declarado su protectora á trueque de que ella esté bajo mi dependencia y no dé un paso sin que yo lo sepa y lo autorice.

VIZCOND. Eso es incomprensible! Y qué objeto os proponeis?

PRINCES. Qué objeto? No es nada! Que mi marido, receloso siempre de que descubra sus amores, me mima, me contempla, se asusta cuando cree que tengo alguna sospecha... y yo la tengo siempre que me conviene. Friolera!.. que antes era avaro, y ahora no hay dia en que no me haga un regalo.—Empezais á comprender?..

VIZCOND. Ya, ya caigo!

PRINCES. Conque, dejad á las gentes que me compadezcan... yo me resigno con mi desgracia... já, já! Pobre vizconde! Si no teneis otra noticia que darme...

VIZCOND. (*Con timidez.*) Si señora!.. otra tengo...

PRINCES. Otra?

VIZCOND. Sí, otra que...

PRINCES. Vamos...

VIZCOND. Que me interesa á mí... y de la cual sospecho que no teneis el menor antecedente... y es que...

PRINCES. (*En tono burlon.*) Que me amais.

VIZCOND. Lo habíais conocido!..

PRINCES. Jesus!

VIZCOND. (*Con fuego.*) Pues sí, princesa! Por vos he cargado con la íntima y pesada amistad de vuestro marido! Por vos le acompaño al teatro, á casa de la Duclós... á la Academia de ciencias! Por vos le escucho sus disertaciones sobre la química, que me hacen bostezar horas enteras.

PRINCES. Ay! Pobre vizconde!... Os compadezco de veras; pero aunque me llameis ingrata, no me es posible corresponder á tan enormes sacrificios.

VIZCOND. No os pido yo un amor igual al mio, que raya en locura, en frenesí!... pero siquiera...

PRINCES. Nada, nada; imposible, vizconde... Pero callad... alguien viene...—Es mi marido con la duquesa de Aumont.—Y á esa... por qué no os acercais, á ver ..

VIZCOND. Está la plaza ocupada.

PRINCES. Sois desgraciado, vizconde... Siempre llegais tarde.

ESCENA II.

LA PRINCESA: *va á recibir á la* DUQUESA, *á quien viene dando la mano el* PRÍNCIPE DE BOUILLON.—EL VIZCONDE.

PRINCES. Oh! querida mia! Qué fortuna es esta! Vos por aquí tan de mañana!

BOUILL. La duquesa quiere pedirte un favor.

PRINCES. Será proporcionarme un placer. Y dónde habeis hallado á mi señor marido, á quien no he visto desde anteayer!..

DUQUES. En casa de mi tio, el cardenal de Fleury.

BOUILL. Efectivamente: en casa del cardenal, nuestro sábio ministro, compañero mio en la Academia de ciencias, á quien he ido á dedicar mi tratado de química, obra que ha asombrado al mismo Voltaire; como que en su carta me dice: que no ha leido en su vida un libro escrito por el estilo del mio. Estas son sus palabras: y yo las creo de buena fé.

PRINCES. Oh! y yo tambien.

BOUILL. Pues el cardenal me ha mandado llamar para.. (*A un lacayo que se presenta trayendo un cofrecito.*) Hola! tráelo aquí... tráelo aquí. Dame. (*Toma el cofrecito: el lacayo se vá.*) Pues como digo, persuadido de mis conocimientos químicos, me ha encargado de una operacion gravísima... tremenda!

TODOS. Cuál es?

BOUILL. Que haga el análisis científico y jurídico de las sustancias que contiene este cofrecito. Son los famosos polvos llamados de *sucesion*: ese diabólico veneno por el cual se han hecho ya varias prisiones, y se está formando causa á personajes de alta categoría, acusados de haberlos empleado para heredar á parientes lejanos.

PRINCES. (*Queriendo tomar el cofrecito.*) Es posible!

DUQUES. (*Idem.*) Ah! veamos!..

BOUILL. (*Separándolas.*) Chit!.. quietas! Sabeis lo que hay aquí! Pues no es nada! Si es cierto lo que cuenta el vulgo, con solo echar un polvito en un par de guantes que uno se ponga, ó en una flor que acerque á la nariz... Adios!.. Se siente primero una especie de mareo... luego una exaltacion nerviosa en el cerebro... y por último un delirio espantoso... que al fin hace crísis... muriéndose uno.—Todo esto yo lo demostraré despues del análisis y esperimentacion que haré por mí mismo...

PRINCES. Cómo!

BOUILL. Sí, en algun perro, ó...

PRINCES. Ya!—Y decidme: ese análisis científico me demostrará á mí qué ha sido de vuestra persona en todo el dia de ayer?

BOUILL. (*Aparte al vizconde.*) Se prepara la tempestad!

VIZCOND. (*Id.*) Pues á conjurarla.

BOUILL. (*Id.*) Ya verás.—Qué ha sido de mi persona? Mi persona ha empleado el dia de ayer en prepararos una agradable sorpresa para el dia de hoy. (*Presentándola un estuche.*)

PRINCES. Qué es esto?

BOUILL. (*Aparte al vizconde.*) Lo ves? Esta es mi táctica... Asi la engaño... y la impido que sospeche...

VIZCOND. Ya!

PRINCES. Hermosísimos diamantes!

BOUILL. (*Hablando con el vizconde.*) Hablemos del análisis de esos polvos diabólicos: mi manera de proceder es esta; óyeme. Toda sustancia...

PRINCES. No os parece, querida mia, que este brazalete es elegantísimo?

DUQUES. Los diamantes están montados con un gusto!... es alhaja que llamará la atencion.

PRINCES. Venid, vizconde, venid á admirar...

VIZCOND. Ay! Señora! no puedo admirar: estoy escuchando...

BOUILL. Y por más que le esplico, se me figura que no acaba de comprender.. Aguarda á ver si prácticamente... (*Vá á abrir el cofrecillo.*)

VIZCOND. (*Agarrándole la mano.*) No, no! Qué vais á hacer!...

BOUILL. No seas aprehensivo!

VIZCOND. Quieto, quieto!—Veis, señoras, qué temeridad!

PRINCES. }
DUQUES. } Qué es eso?

VIZCOND. Empeñado en abrir el cofrecillo para esplicarme.. Digo! poniéndome debajo de las narices esos polvos infernales... que con solo respirarlos...

BOUILL. Eres un medroso! Ja, ja...

DUQUES. Pobre vizconde!

PRINCES. Oh! tiene razon. Ni tú tampoco quiero te espongas... Vamos, vuélvele su cofrecillo al cardenal.

BOUILL. Estás en tí? Rehusar un encargo tan honorífico... yo!.. un químico!

PRINCES. Pues no consiento que andes con eso: dámelo acá. (*Se lo quita de la mano.*) Para llamarse químico, no hay necesidad de analizar, ni...

BOUILL. Pero mujer! Qué dirá de mí el ministro!

PRINCES. La duquesa es testigo de que soy yo quien te ha quitado á viva fuerza el cofrecillo, y lo encierro aquí... (*Lo encierra en el cajon de un secreter y quita la llave.*) para devolvérselo al ministro.

DUQUES. Sí, sí: muy bien hecho.

BOUILL. Pero, princesa!..

VIZCOND. (*Aparte al príncipe.*) No la pongais de mal humor, y vuelva la tempestad!..

BOUILL. Es cierto!—Pero si el análisis era lo más sencillo!.. Verás... (*Sigue hablando con él. La princesa y la duquesa se han sentado en el sofá.*)

PRINCES. Mientras ellos hablan de química, hablemos nosotras, amiga mia, de ese favor que quereis pedirme.

DUQUES. Habeis de saber, querida, que yo soy entusiasta frenética de Adriana Lecouvreur.

PRINCES. Y qué?

DUQUES. Decidme: es cierto, como nos ha dicho ahora el príncipe en casa de mi tio el cardenal, que mañana por la noche viene aqui y que declamará algunos trozos de sus tragedias favoritas?

BOUILL. (*Acercándose.*) Sí: la hemos convidado.

PRINCES. Es cierto. Aunque yo por mi parte, soy franca,

no participo, querida mia, de ese entusiasmo: me parece la Duclós muy superior á su rival. Pero la alta sociedad ha dado en protejer á Adriana... es un fanatismo tal...

VIZCOND. Está de moda.

PRINCES. Y eso basta!—Supe que la nécia de la duquesa de Noailles iba á convidarla para mañana, y yo me he anticipado.

DUQUES. Yo no falto al teatro cuando ella sale; pero tengo unos deseos de verla de cerca... de hablarla!.. Dicen que es mujer de modales tan finos... de tan buen tono!.. que se viste con una elegancia!.. Y qué partido entre los hombres!.. Tiene loca á toda la juventud de Paris!—Conque adios, querida mia: me doy por convidada, sí? Hasta mañana. (*Todos van á despedirla: ella vuelve despues de dar unos pasos.*) Ah!.. No sabeis la noticia?

PRINCES. Qué noticia?—No sé nada.

DUQUES. Aquel jóven estranjero que está al servicio de Francia, y que el invierno pasado era el Adonis de las damas de Paris... ese hijo natural del rey de Polonia y de la condesa de Kœnismarck...

PRINCES. (*Con interés.*) Mauricio de Sajonia?

DUQUES. Está de vuelta en Paris.

VIZCOND. Permitid: se ha dicho, pero no es exacto.

DUQUES. Exactísimo. Lo sé por mi primo Florestan que le ha acompañado en su espedicion á Curlandia... que ha sido para estar en ascuas... sobre todo, mi marido el duque... y yo tambien. Pero en fin, esta mañana llegó á Paris: ya le he visto y me ha dicho que viene en compañía de su general.

PRINCES. Pues mucho es que no sepa yo...

VIZCOND. No querrá darse á luz por miedo de sus acreedores. Está plagado de deudas. Sé yo de un conde sueco que el año pasado trató de hacerlo prender por setenta mil libras que le debe; pero luego desistió, porque á quien nada tiene...

BOUILL. El rey le hace libre.

DUQUES. El vizconde le tiene tema por la mala obra que le hace en sus conquistas.

VIZCOND. Qué disparate! al contrario: me alegro de su venida. Con él habrá cada dia una intriga, un escándalo... y tendremos de qué hablar. En eso se funda la fama que ha adquirido.

DUQUES. Os equivocais. Su fama la debe á su valor, á su arrojo en los combates. A los trece años ya se batió en Malplaquet á las órdenes del príncipe Eugenio: á los catorce, en Stralsund, con Pedro el Grande... Todo esto me lo ha contado mi primo Florestan.

BOUILL. Y antes, antes. En el sitio de Lila ya llamó la atencion, y apenas tenia doce años.

DUQUES. Y en esta última espedicion ha hecho cosas fabulosas; como que le han nombrado por aclamacion duque soberano de Curlandia. Y no sabeis? La heredera del trono de los Zares, la hija de la emperatriz se enamoró de él tan locamente, que nuestro Mauricio ha estado á punto de ser un dia emperador de Rusia.

PRINCES. Y él sin duda, envanecido de tal conquista, no habrá dejado por su parte de fomentar esa pasion...

DUQUES. Eso era lo natural. Pues no señor. Florestan me ha contado que lejos de ser así, ha tenido Mauricio la osadia de decir á la princesa moscovita que su corazon tenia ya dueño en París.

PRINCES. (*Conmovida.*) En París!.. De veras?..

DUQUES. Conque ya veis, señor vizconde, que estais muy mal informado... Adios, princesa... Adios, querida mia...

CRIADO. (*Anunciando.*) El señor conde Mauricio de Sajonia.

DUQUES. Vamos! está de Dios que no me vaya hoy de aquí.

ESCENA III.

Dichos.—MAURICIO.

VIZCOND. Salud al duque soberano de Curlandia!

BOUILL. Salud al conquistador!

DUQUES. Salud al futuro emperador!

MAUR. (*En tono festivo.*) Oh! Señoras!.. Duque sin ducado, general sin ejército, y emperador sin vasallos: ese soy yo.

BOUILL. Pues el estado de Curlandia no os ha proclamado su soberano?

MAUR. Ciertamente. Fui nombrado por la dieta... proclamado por el pueblo: en el bolsillo traigo mi diploma de soberano. Pero la Rusia me prohibió que lo aceptase so pena de insinuármelo á cañonazos, y mi padre el rey de Polonia, que tiene miedo á la guerra con sus vecinos, me mandó tambien rehusarlo.

PRINCES. Y qué hicísteis?

MAUR. Yo?... Responder á esas amenazas llamando á las armas á toda la nobleza de Curlandia, y escribir á mi padre que antes de ser elegido soberano habia sido oficial del rey de Francia, y que en los ejércitos de S. M. Cristianísima habia aprendido á no retroceder jamás.

DUQUES. Soberbio!

VIZCOND. Eso no tenia respuesta.

MAUR. Así es que la única que me dieron fué mandar al príncipe Menzicoff que penetrase en mi córte sin declaracion de guerra y me sorprendiese en mi palacio. El venia con dos mil rusos, y yo no tenia ni un soldado.

VIZCOND. Y os rendísteis?

MAUR. No tal!

PRINCES. Hicísteis la locura de resistiros.

MAUR. A lo Cárlos XII!—Reuní los oficiales franceses que me habian acompañado: el valiente Florestan de Belle-Isle...

DUQUES. Mi primo! Estais satisfecho de él, señor conde?

MAUR. Mucho! se bate como un leon!—Con esos y los criados de mi servidumbre bien armados de mosquetes y colocados en las ventanas de palacio, dirigíamos un fuego tan nutrido y tan certero sobre la masa de dos mil rusos, que al hallarse con más de ciento cincuenta hombres fuera de combate, se resolvieron á dar el asalto. Ahí los esperaba yo. Habia colocado en el pabellon de la derecha, único punto accessible, dos barriles de pólvora, y en el instante en que oí

los *hurras* de victoria de trescientos cosacos que subian por aquel punto... paf!... los hice volar con la mitad de mi palacio.

DUQUES. Y vos?

MAUR. Yo allí firme en la brecha, rodeado de escombros!... llamando al pueblo á las armas... las campanas de la ciudad tocando á rebato... En fin, Menzicoff aterrado tuvo que retirarse en desórden... Ah! si yo hubiera tenido allí nada más que un par de regimientos franceses... uno solo!—Eso es lo que vengo á buscar.

PRINCES. A eso venís?

MAUR. Sí señora. Como el cardenal ministro me dé unos cuantos escuadrones de húsares... os convido, señoras, para el invierno próximo al palacio real de los duques de Curlandia.

PRINCES. Entretanto esta casa está á vuestra disposicion.

BOUILL. Os convido para mañana á nuestra reunion. (*Mauricio acepta.*)

DUQUES. Me dareis la mano: tendré el honor de que sea mi caballero el vencedor de Menzicoff.—Ah! y recibireis aquí un obsequio propio de un soberano.

MAUR. Tanta honra!

DUQUES. Oireis declamar á Adriana Lecouvreur.

MAUR. Ah!...

DUQUES. La conoceis, señor conde?

MAUR. (*Con empacho.*) Sí... algo... en mi último viaje.

DUQUES. Es admirable! Ha hecho una revolucion en la tragedia! Ha logrado combinar con tal acierto en la declamacion trágica lo sencillo y lo sublime...

PRINCES. Eso dicen.

DUQUES. Os advierto que la princesa no participa de mi entusiasmo: es partidaria de la declamacion enfática de la Duclós, que es un canticio insoportable!

PRINCES. A mí me gusta más.

DUQUES. Que decida el señor conde.

PRINCES. Corriente: que decida.

MAUR. Yo, señora! No soy juez competente. Un soldado que solo sabe pelear... que apenas conoce la lengua francesa...

DUQUES. Oh! eso no. Ya sé yo que estais formando... y sobre buenos modelos... estudiando nuestros clásicos... (*A la princesa.*) Me ha dicho Florestan que en esta campaña le ha sorprendido muchas veces en su tienda recitando versos de Racine y de Corneille.

PRINCES. (*Riendo.*) Es posible!

DUQUES. Ay! Dios mio! Las dos!... y mi marido que me está esperando para ir á Versalles...

BOUILL. Desde cuándo?

DUQUES. Desde las doce.

PRINCES. No es mucho.

DUQUES. Venís con nosotros, vizconde? Puedo ofreceros un asiento.

BOUILL. (*Cogiéndole del brazo.*) No: le necesito. Tengo que leerle hoy el último tomo de mi tratado de química.

VIZCOND. (*A la princesa con tono afligido.*) Estais oyendo!

BOUILL. No lo puedo diferir: lo está esperando el impresor... Vente á mi laboratorio.

DUQUES. Pobre vizconde!—Adios, señores!—Adios, querida mia, hasta mañana. (*Váse por el foro. El príncipe y el vizconde por la izquierda.*)

ESCENA IV.

MAURICIO.—LA PRINCESA, *que despues de aguardar á que todas las puertas se hayan cerrado, se acerca con viveza á Mauricio.*

PRINCES. Gracias á Díos! Dos meses sin enviarme ni un solo renglon! Hoy he sabido por la duquesa vuestra llegada, y ya creí que no vendríais á verme.

MAUR. Mi primera visita ha sido á vos, princesa. Llegué anoche, y...

PRINCES. La primera?... No habeis visto á nadie esta mañana?

MAUR. Al ministro de la Guerra, y... á quién mas?... Al cardenal... y á su secretario... y... Por cierto que me han recibido mal y me han dado pocas esperanzas.

PRINCES. En alguna otra parte os han consolado.
MAUR. Qué quereis decir?
PRINCES. (*Que desde el principio de la escena ha tenido fijos los ojos en un ramillete de flores que trae Mauricio en el ojal de la casaca.*) Que no creo que sea el ministro de la Guerra ni el cardenal quien os haya dado ese ramo de rosas.
MAUR. (*Turbado.*) Es verdad!... Ya no me acordaba...
PRINCES. Quién os ha dado esas flores?
MAUR. Nadie!... Una ramilletera... y muy bonita por cierto. Aquí... casi á la puerta de vuestra casa la encontré... se empeñó en que la comprase un ramo, y...
PRINCES. Y vos acordándoos de mí...
MAUR. En efecto.
PRINCES. Ah! Mauricio! Ese recuerdo me colma de placer! Acepto... acepto...
MAUR. (*Presentándole el ramo con empacho.*) No vale nada...
PRINCES. Cómo no!... Es preciso!... Y viniendo de vuestra mano... (*Lo toma.*) Pero hablemos de lo que os interesa. Decís que el cardenal ministro os ha recibido mal?
MAUR. Muy mal.
PRINCES. Yo le haré que mude de opinion... que os conceda los dos regimientos que pedis.
MAUR. Ah! Princesa! Si lo consigo!...
PRINCES. Yo iré á Versalles... le hablaré... Y para teneros al corriente de lo que ocurra...
MAUR. Volveré aquí?... Cuándo?...
PRINCES. No... aquí no. Estoy siempre rodeada de importunos que me acechan... que no me dejan un instante de libertad. Oid: mi marido le ha regalado á la Duclós una casa de recreo preciosa... fuera de París, á dos pasos de los bulevares: allí podremos vernos.
MAUR. Cómo... allí!...
PRINCES. Allí mismo. Y la Duclós será quien os escriba de su letra, advirtiéndoos la hora de la cita.
MAUR. Pero cómo es eso? Y no temeis...
PRINCES. Nada. La Duclós es mia: hace cuanto yo le mando. No veis que su suerte está en mis manos?

MAUR. Ya entiendo. Teneis un ingénio!...—Pero, pricesa, permitid... (*Aparte.*) No, no; yo debo decirle la verdad.

PRINCES. Qué!

MAUR. No sé cómo agradeceros vuestra generosidad... vuestro interés...

PRINCES. Aceptando... y amándome!

MAUR. Es que...

PRINCES. Silencio!...Alguno viene!...—Quién es? Ah! el vizconde!

MAUR. (*Saludando y yéndose.*) (*Aparte.*) Volveré á decírselo: el honor me lo manda. (*Se va por el foro.*)

ESCENA V.

LA PRINCESA.—EL VIZCONDE.

La Princesa ha ido acompañando á Mauricio hasta el foro. El vizconde, se deja caer en un sillon á la izquierda.

VIZCOND. Sesenta páginas de química!... (*Saca un pomo y lo huele.*) Yo me voy á desmayar!

PRINCES. (*Para sí, bajando al proscénio cavilosa examinando el ramo.*) Qué es esto!... El ramo atado con un cordon de seda y oro!... Qué ramilletera es esa!... He notado en él un empacho... una turbacion... Señales de frialdad... ah! ese hombre no me ama ya!... Luego esa pasion que dicen... esa pasion por la cual ha desdeñado á la hija del Zar... no la siente por mí... Es decir que ama á otra... tengo una rival.., una rival preferida!...—No nos acaloremos. Nada, nada... yo sabré, sin comprometerme, averiguar.... (*Baja y se sienta en una silla al lado del vizconde.*)

VIZCOND. (*Oliendo el pomo.*) Sesenta páginas de química! Esto no puede ser!... Se acabó... doy mi dimision... renuncio á esta casa... (*Mirando á la Princesa.*) puesto que en ella sufro el martirio... y no hallo el consuelo.

PRINCES. Qué poca paciencia! ..

VIZCOND. Cómo!... Cómo!...

PRINCES. Escuchadme bien. Una amiga mia... una íntima amiga...

VIZCOND. La duquesa de Aumont?...

PRINCES. Quizá... Yo no nombro á nadie.—Desea con ánsia... con ardor... en fin, como deseamos las mujeres... desea descubrir un secreto que hay empeño en ocultar.

VIZCOND. Cuál es?

PRINCES. Qué beldad misteriosa... incógnita... es la que adora hoy Mauricio de Sajonia. Que la hay no tiene duda. Y vos que todo lo averiguais, podíais hacernos este gran favor.

VIZCOND. Difícil es!

PRINCES. No admito esa frase.

VIZCOND. Estoy en un período de desgracia!..

PRINCES. Pues bien... poned algo de vuestra parte... haced méritos... y...

VIZCOND. (*Con interés.*) Y si logro descubrir este secreto?..

PRINCES. Entonces... ya veremos... todo servicio tiene su premio...

VIZCOND. (*Con gozo.*) Oh! Cielos!.. será posible!..

PRINCES. Pero lo que mucho vale... mucho cuesta. Ahora veremos si esa pasion que me ponderábais... En fin, ya todo depende de vos.—Adios, vizconde! *(Le saluda con cariño y se va por la derecha.)*

ESCENA VI.

EL VIZCONDE *solo.—Luego el* PRÍNCIPE DE BOUILLON.

VIZCOND. Estoy soñando! Todo depende de mí! Y cómo descubro yo?.. El conde de Sajonia, que es la misma reserva, no me ha de ir á confiar... yo apenas le trato! A quién me dirijiré?... Y es preciso!.. Oh! la recompensa que me espera es de tal valor!..

BOUILL. A que estás cavilando en el problema que te he dicho de las afinidades atómicas?..

VIZCOND. Cavilando estoy en un problema... pero no es ese.

BOUILL. No? Pues cuál? El de la filtracion de los cuerpos

solubles? Díme, díme, yo te lo resolveré.

VIZCOND. (*Mirándole y riendo.*) Calla!... Bueno fuera que vos mismo...

BOUILL. Pues quién mejor que yo!

VIZCOND. Es cierto: oíd. (*Llevándoselo á un lado.*) No puede menos sino que el conde Mauricio, que es tan galanteador, obsequie á alguna dama?

BOUILL. Calla... Y á tí qué te importa?

VIZCOND. Vaya si me importa! Tengo gran interés... interés personal... muy personal!... en saber quién es hoy la señora de sus pensamientos.

BOUILL. Sí? Pues yo lo averiguaré.

VIZCOND. Vos?

BOUILL. Yo, y esta noche.

VIZCOND. Chistoso seria!...

BOUILL. Quieres apostar doscientos luises?

VIZCOND. Dinero es! Pero el caso lo vale. (*Al príncipe que vá á llamar.*) Qué haceis?

BOUILL. (*A un lacayo que sale.*) El coche. (*Al vizconde.*) Vienes esta noche conmigo al teatro francés? Adriana y la Duclós trabajan juntas en el *Bayaceto*.

VIZCOND. Con mucho gusto. Pero, qué adelantaremos con ir?

BOUILL. La Duclós sabe quién es esa dama que quieres descubrir.

VIZCOND. De veras?

BOUILL. La otra noche, al entrar yo en su camarin, estaban hablando de Mauricio de Sajonia, y ella decia riendo: conozco mucho á la dama que obsequia.—En esto me presenté yo, y ella al verme no quiso seguir. Pero ya conoces que si se lo pregunto... es claro... me lo dirá en confianza... y yo te lo diré en secreto.

VIZCOND. Conque voy á saberlo por vos?.. El lance no tiene precio!

BOUILL. Que no tiene precio? Vaya! Los doscientos luises, que me pagarás, uno sobre otro... Já, já, já! Vivan los curiosos!..

VIZCOND. Já, já, já! Vivan los químicos!..

BOUILL. Venga esa mano!... Vamos al teatro francés... Já, já!..

VIZCOND. Vamos, vamos! (*Vánse por el foro, de la mano.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El salon de los actores en el teatro francés. A la derecha dos puertas que dan al escenario: entre estas dos puertas una mesa, y sobre ella un espejo grande con candelabros. En el fondo una gran chimenea sobre la cual hay un busto de Moliere; delante de la chimenea sillas colocadas en semicírculo. A la izquierda otras dos puertas, una que conduce á la platea, y otra á los vestuarios. En los dos ángulos del foro los bustos de Racine y Corneille, colocados en dos pedestales; y en la pared á uno y otro lodo de la chimenea, los retratos de Baron, de la Champmesle y otros actores célebres. Al levantarse el telon, se ve á Adela en trage de Fátima de la Tragedia Bayaceto, delante del espejo, acabando de componerse: más allá Julia, en trage de Antonieta del Enfermo de aprehension, está sentada hablando con un caballero que se apoya en su silla. En el fondo están sentados ó en pié delante de la chimenea varios actores y actrices, unos con trages del Bayaceto, otros con los del Enfermo de aprehension. Rigolet en medio de la escena va y viene acudiendo á todos. A la izquierda están Quinault y Poisson, aquel en trage del Visir Acomat del Bayaceto, y éste en el de Argan del Enfermo de aprehension, sentados á un velador, jugando una partida de ajedrez. Otros actores y actrices se pasean conversando ó estudiando sus papeles.

ESCENA PRIMERA.

Adela.— Julia.— Rigolet.— Quinault.— Poisson *y los demas.*

Adela. Rigolet, hay colorete?
Rigolet. Si señora: allí... en aquel cajon.
Poisson. Rigolet.

RIGOLET. Qué mandais?
POISSON. Qué tal la entrada?
RIGOLET. Digo! trabajando juntas por primera vez Adriana y la Duclós!.. Más de cinco mil libras!
POISSON. Diantre!
JULIA. Rigolet, á qué hora concluirá la tragedia y empezaremos el *Enfermo de aprehension*?
RIGOLET. A eso de las ocho, niña.
QUIN. Rigolet!
RIGOLET. Qué ocurre?
QUIN. No os olvideis de darme el puñal!
RIGOLET. No tengais miedo!—Rigolet arriba... y Rigolet abajo!.. No hay cuerpo que resista!..—Cómo ha de ser!—Ya, ya es pegiguera ser inspector del teatro francés!... tener á mi cargo todos los accesorios!... no descansar con el cuidado de entregar al uno la espada... al otro el pergamino... á este un veneno... á aquel un áspid... ya el que ha de llevar sortija... ya el que ha de sacar bolsillo con dinero... Y todo por mil y quinientas libras de sueldo!—Si á lo menos me nombráran sócio!—Pero nada! Esperanza ilusoria!
ADELA. Esta noche lucirá Adriana sus diamantes!
JULIA. Los que le ha regalado la reina?
ADELA. La reina, eh?—Eso dice ella.
RIGOLET. Esos dichosos diamantes le han hecho más enemigos!..
ADELA. Por qué? Pues hay cosa más fácil que tener diamantes!
RIGOLET. (*Entre dientes.*) Ya! para vosotras!—Pero para mí que no tengo más que mi sueldo... ó para los que solo viven de su talento...
ADELA. Qué estais diciendo entre dientes?..
RIGOLET. Nada, Adelita, nada. (*Aparte.*) Si no fuera porque eres sócia y necesito tu voto... ya te dejaria yo pegada!..
QUIN. Jaque-mate.
POISSON. Caramba!
QUIN. Sabes que eres muy chambon!—Rigolet, no se empieza?
RIGOLET. Pronto, pronto: ya os avisaré cuando vaya á dar la hora.

ESCENA II.

Dichos.—El Principe de Bouillon.—El Vizconde.—Caballeros.—*El Príncipe, el Vizconde y varios caballeros salen por la puerta izquierda como viniendo de la platea. Quinault y Poisson se levantan y van á hablarles. Ellos se dirijen á la chimenea á conversar con las actrices.*

Rigolet. Adios! yo viene gente á meterse entre bastidores y en los cuartos de las actrices! —Oh! señor vizconde!.. Oh! que está aquí Su Excelencia el señor Príncipe de Bouillon! (*Aparte.*) Cuando considero que este buen señor podria, con una palabra, hacerme nombrar sócio... no puedo menos de mirarle con una veneracion!.. Y maldito si tiene nada de venerable!..

Vizcond. (*A Quinault.*) Saludo al gran visir!—Veremos qué tal esta noche?

Bouill. La Duclós será quien esté admirable!

Rigolet. Adriana... Adriana sí que estará sublime!

Quin. Allá veremos!

Rigocet. Cómo veremos!...(*Aparte.*) Si no fueras sócio.. ya te diria yo...

Bouill. Ahí creo que viene!

Vizcond. Sí... ella es!.. Y estudiando su papel!

Rigolet. Eso ya se sabe!.. nunca está satisfecha.

ESCENA III.

Dichos.—Adriana, *que sale por la puerta izquierda, repasando el papel que trae en la mano.*

Adrian. (*Repasando.*)
«Gloria al sultan! su voluntad acato.
Andad! las puertas del harem se cierren...
No: no es esto! (*Buscando otra espresion.*)
Andad! las puertas del harem se cierren...
y todo vuelva á su primer estado!

Vizcond. (*Acercándose á ella.*) Soberbio!

Adrian. Oh! señor vizconde!

BOUILL. Magnífico!

ADELA. Hablais del aderezo?

BOUIL. Oh! el regalo de la reina?.. Hermosos diamantes! Cuando Adriana quiera deshacerse de ellos... ya la he dicho que la doy sesenta mil libras en el acto.

ADRIAN. No pienso por ahora...

BOUILL. Y vos estudiando siempre! Qué maestro habeis tenido?

ADRIAN. Ninguno.—Digo mal. (*Mirando á Rigolet.*) Uno tengo.. un hombre de corazon sensible... un amigo sincero... y muy descontentadizo... cuyos consejos me sirven de guia... cuyo cariño me dá aliento. (*Alargando la mano á Rigolet.*) Este! Nunca estoy satisfecha hasta que le oigo decir: «Eso! eso! Así está bien!»

RIGOLET. (*Enternecido.*) Vamos, Adriana! Vamos, hija mia!.. No digas esas cosas!.. Me vas á hacer...

VIZCOND. Pero vamos á ver, señor Rigolet: cómo es que vos, sabiendo dar tan buenos consejos, sois tan...

RIGOLET. Soy tan malo? no es eso, señor Vizconde? Yo me lo pregunto muchas veces á mí mismo. No sé. Yo creo que ha de consistir en que no soy sócio.

AVISAD. (*Asomando por la puerta de la derecha.*) Señores y señoras: que se va á empezar.

BOUILL. Y la Duclós? (*Movimiento general.*)

RIGOLET. Hace un rato que estaba en su cuarto vestida... y escribiendo.

BOUILL. Cómo!... Escribiendo?

RIGOLET. Alguna carta urgente...

JULIA. (*Mirando al Príncipe.*) Que alguno esperará con impaciencia.

BOUILL. Cómo! Cómo!

ADELA. (*Bajo al Príncipe.*) Yo os lo diré lo que sé. La criada de la Duclós...

BOUILL. Artemisa?

ADELA. Decia poco há, enseñando un billete: ya daria algo el príncipe por pillarlo.

BOUILL. Hola!..

ADELA. Lo cual prueba que no era para vos. Digo: esto no es más que una suposicion...

BOUILL. (*Aparte.*) Diablo!.. Voy á interrogar á Artemisa

—Vizconde, corro á averiguar aquello!

VIZCOND. Perfectamente!—Y dónde os busco luego?

BOUILL. Aquí... despues del tercer acto. (*Váse por la puerta de la izquierda con Adela.*)

VIZCOND. Bien!

RIGOLET. Vamos, niñas!.. Vamos, señores! (*Todos se van por la puerta derecha.*)

QUIN. (*Cediendo el paso al Vizconde.*) Despues de vos, señor Vizconde!

VIZCOND. No: despues de vuestra excelencia turca!

ESCENA IV.

ADRIANA.—RIGOLET.

Adriana se ha sentado á estudiar. Rigolet la contempla.

RIGOLET. Recibir de ella tales pruebas de cariño... y sin embargo no haberme atrevido en cinco años á descubrirla mi amor. Pero, ya se ve!.. Yo no soy sócio... y ella lo es: ella es jóven... y yo no lo soy!.. Ea, ánimo! Si no me aventuro... (*Acercándose con empacho.*) Estás repasando?

ADRIAN. Sí.

RIGOLET. Pues... ya que estamos solos... quiero confiarte...

ADRIAN. Algun secreto?

RIGOLET. Sí. Te acuerdas, Adriana... te acuerdas?..

ADRIAN. De qué?

RIGOLET. De... de mi tio Ambrosio, el tendero de la calle Real?

ADRIAN. Mucho.

RIGOLET. Pues ha muerto.

ADRIAN. Pobre!

RIGOLET. Sí! pobre! Pero es que... me ha dejado una manda de diez mil libras!

ADRIAN. Me alegro!

RIGOLET. Yo tambien!—Solo que... como nunca me he visto con tanto dinero junto... no sé qué hacer de ellas! Y esto me tiene tan aburrido!...

ADRIAN. Lo siento!

RIGOLET. Y yo!—Pero me ha ocurrido una idea... que es... casarme.

ADRIAN. Bien hecho. (*Suspirando.*) Ah! Ojalá pudiera yo...

RIGOLET. (*Con gozo.*) Calla!.. Tambien á tí te ha ocurrido?

ADRIAN. Esta vida de teatro es tan penosa!..

RIGOLET. Calla por Dios! Cuando antenoche hiciste la *Fedra* de un modo que arrebató!

ADRIAN. (*Animándose.*) Verdad que sí? Oh! esa noche estaba tan ajitada... tenia una pena!..

RIGOLET. Y por qué!

ADRIAN. Contaban que habia habido un combate... y yo sin recibir una carta suya!.. Creyéndole herido... quizá muerto!.. Cuánto encierra el corazon de miedo, de dolor, de desesperacion.... todo lo sé ya espresar!.. Y además, la alegría, el gozo!.. Porque le he vuelto á ver!

RIGOLET. Dios mio!.. qué oigo!.. Conque estás enamorada?

ADRIAN. Por qué se lo he de ocultar á mi mejor amigo?.. Sí, lo estoy!

RIGOLET. (*Afligido y disimulando.*) Válgame Dios!.. Válgame Dios!.. Pero... dime... cómo ha sido eso?

ADRIAN. Una noche... al salir del baile del teatro, sucedió que unos oficiales, que acababan de cenar y beber, se me pusieron delante y no me dejaban subir al coche, con voces y palabras groseras. En esto, se presenta un jóven, que yo no conocia, y les grita: «Caballeros, esta señora es Adriana de Lecouvreur, dejadla pasar!» Los cuatro oficiales... eran cuatro! se echaron á reir de la amenaza... y él entonces, con un arranque más pronto que el rayo derriba en tierra de un solo golpe á dos de sus adversarios, me toma en sus brazos y me coloca en el coche. Levántanse los dos del suelo, y todos cuatro se dirijen á él, espada en mano.—Nos dareis satisfaccion!—Al momento.—A mí el primero!—A mí!—A mí!—A cuál escogeis?—A todos juntos!.. respondió, cargando sobre ellos como un leon! —Yo trémula... inmóvil de terror... dando gritos ahogados... Ah! si le hubiérais visto burlándose de las cuatro espadas dirijidas contra su pecho!.. Aquel brazo... aquella mirada eran

los de un héroe!.. Lejos de retroceder, cerraba con ellos... los estrechaba... los provocaba... me parecia oirle decir...

Navarros, castellanos, sarracenos!... (*)
Cuantos valientes héroes tiene España!..
todos venid!.. vuestro poder desprecio!
Venid á combatir contra una mano
así animada por tan dulce objeto!..
que á todos juntos os contemplo pocos
para que consigais mi rendimiento!

Por fin, se juntó gente... vino tropa... Sus adversarios, avergonzados del hecho, se escurrieron por aquí y por allí... y el campo quedó por él.

RIGOLET. Y le viste despues?

ADRIAN. Al otro dia. Cómo impedirle que entrára en mi casa? que viniera á saber de mí?.. Y más cuando me confesó que era estranjero, simple oficial, sin mas títulos ni bienes que su espada. Eso fue lo que me cautivó! Siendo rico, poderoso... no le hubiera hecho caso. Pero era pobre... desgraciado... soñaba, como yo, con el amor y la gloria! No pude resistir... le amé!

RIGOLET. Válgame Dios!

ADRIAN. Tres meses ha estado ausente, buscando fortuna, á las órdenes del jóven conde de Sajonia, su compatriota! pero esta mañana llegó, y su primer visita fué á mí! Luego, entre acompañar á su general... ir á Versalles á ver al ministro... qué se yó!.. no ha podido volver á casa... Pero me ha ofrecido que esta noche vendrá aquí, al teatro.

RIGOLET. Aqui!

ADRIAN. A verme hacer la Rojana.

RIGOLET. Ay! Dios mio!.. y estás tan alterada!.. tan nerviosa!..

ADRIAN. Mejor!

RIGOLET. No tal! Acuérdate que trabajas hoy por primera vez con la Duclós.

(*) Estos versos son de la traduccion de EL CID de Corneille, hecha por GARCIA SUELTO.

ADRIAN. No tengais miedo!

RIGOLET. Sí le tengo! Es necesario calma, tranquilidad de espíritu... hasta en los momentos de inspiracion. El actor no ha de sentir la pasion: ha de finjir que la siente. La Duclós estará serena, será dueña de sus facultades... Y tú... tú no: te distraerás... no verás más que á él!..

ADRIAN. Eso es cierto! Si mis ojos le descubren!..

RIGOLET. (*Con amargura.*) Eres perdida!—No, hija mia, no!.. Por Dios piensa en el papel!—Mira que el amor pasa... y un papel de prueba como este... una hermosa creacion!.. dura siempre! Vamos, hija, vamos!.. No podrás olvidarte de él por esta noche?

ADRIAN. Ah! no!

RIGOLET. Por esta noche no más! Sí, sí!.. Domínate, hija!.. Hazlo bien... como sabes hacerlo! Por interés de ese mismo amor! Los hombres quieren por amor propio; y si la Duclós te gana... si no la vences...

ADRIAN. La venceré!

RIGOLET. Gracias!

ADRIAN. (*Dándole la mano.*) Yo soy quien debe darlas, mi querido amigo!..

RIGOLET. Sí, sí!.. tu querido... (*Yéndose y volviendo.*) Mira: hay un verso que no dices á mi gusto. Aquel de...

«Y todo en bien de mi rival ha sido!»

Entérate: la pobre Rojana... pues; lo que mas la... la escarabajea... es que... ella ha hecho... y justamente su rival es la que... Estás?.. Como quien dice: Estamos frescos!.. Conque todo lo que yo he... entiendes?.. ha sido en provecho... Y por eso dice...—Yo no puedo espresarlo; pero ya me entiendes.

ADRIAN. (*Recitando.*) «Y todo en bien de mi rival ha sido!»

RIGOLET. (*Con gozo.*) Eso es!

ADRIAN. Bien, bien: ya lo haré.—Pero... y eso que me decíais antes... de querer casaros?...

RIGOLET. Ah!.. Cosas!.. Nada, nada: te dejo estudiar.

(*Aparte y yéndose.*) Castillos en el aire!.. Adios felicidad! Y la herencia de mi tio!.. Para que quiero yo herencia sin ella... Cómo ha de ser! (*Enjugándose una lágrima.*) Vamos á cuidar de la escena. (*Volviendo.*) Mira, toma un buche de agua antes de la salida... y no te olvides de eso... estás?.. Como lo has dicho antes. (*Se vá por la derecha.*)

ESCENA V.

ADRIANA.—MAURICIO, *que sale por la izquierda. Adriana está en pié á la izquierda, volviéndole la espalda y repasando el papel.*

ADRIAN. (*Estudiando.*)
«Yo perjura!.. yo falsa!.. yo traidora!..
Y todo en bien de mi rival ha sido!»
..........en bien de mi rival ha sido!»

MAUR. (*Mirando los bustos y retratos.*) Este es el salon de los actores. No lo habia visto nunca. Bien! Aquí está *Moliére*... el gran *Moliére*!.. *Racine*!.. *Corneille*! parece que van á animarse y hablar! Causa respeto el verlos!.. sobre todo al que, como yo, entra aquí por primera vez. Así puedo estar seguro de que nadie me conocerá... ni Adriana... que no sabe todavia quién soy. Quiero ocultárselo hasta que haya desengañado á la princesa de Bouillon: la delicadeza lo exije así.

ADRIAN. (*Viéndolo.*) Mauricio!

MAUR. Adriana!

ADRIAN. Vos aquí!

MAUR. Durante la larga escena del Visir con su confidente, me salí al corredor: vi una puertecita, quise entrar por ella... «No se puede pasar: á quién buscais?»—A Adriana: tengo que hablarla: me está esperando...

ADRIAN. Imprudente!.. Vais á comprometerme!

MAUR. Qué quereis! me abrasaba la impaciencia. Faltaba un cuarto de hora largo para vuestra sali-

da, y no pude resistir al deseo de venir á deciros: Adriana, yo te amo!

ADRIAN. Chit!.. Silencio! *(Indicando el traje.)* Que os vá á oir la sultana! Pero antes de marcharos, decidme en dos palabras... porque esta mañana apenas hablamos un instante. Habeis hecho por allá muchas heroicidades? Está contento con vos el conde de Sajonia, vuestro general? Cuánto hablan de su valor! Mucho deseo conocerle!

MAUR. Defendiéndole recibí una herida.

ADRIAN. Cerca de él?

MAUR. Y tan cerca!

ADRIAN. Bien!.. Y eso que la sola idea de veros herido me hace temblar!.. Pero qué se yo!.. Se me figura que vuestro destino es correr peligros... y vencerlos! Desde la noche que os ví sacar la espada en mi defensa... no os burleis de mis presajios, adiviné que llegaríais á ser un héroe!

MAUR. Qué locura!

ADRIAN. No, no! yo soy voto en esa materia. Ya veis!... Vivo siempre entre los héroes de todos los paises. Y afirmo que hay en vuestro acento, en vuestra mirada, un no sé qué del Cid... de Mitrídates... de César... Oh! ello dirá!

MAUR. De veras?

ADRIAN. Ello dirá! Y yo os he de obligar á serlo.

MAUR. Cómo?

ADRIAN. Cómo? Ponderando continuamente al conde de Sajonia, que es el ídolo de las damas, hasta que por celos llegueis á igualarle.

MAUR. Me parece que nunca tendré celos de él.

ADRIAN. Orgulloso!—Y vísteis por fin al ministro?

MAUR. Todavia no, pero voy á escribirle.

ADRIAN. No por Dios! No le escribais!

MAUR. Y por qué?

ADRIAN. Si teneis una ortografia fatal!—Las cartas que me habeis escrito están llenas de elocuencia, de amor... pero con unos disparates que me hacian morir de risa.

MAUR. Qué importa?

ADRIAN. Ya seguiremos nuestras lecciones. Llevásteis los libros que os dí?

MAUR. Y he aprendido escenas enteras de Corneille.

Adrian. Hola! Habeis pensado en Corneille?

Maur. No: he pensado en vos que le interpretais tan bien!.. Al oiros recitar sus hermosos versos, mi corazon se inflama, mi imaginacion se eleva!.. Soy capaz de todo!

Adrian. Ah! Mauricio!—Creo que me llaman: voy á salir á la escena.

Maur. Cuándo nos veremos?

Adrian. Esta noche... despues de la funcion... venid á buscarme.

Maur. Adios!

Adrian. (*Con ternura.*) Vas á oirme?.. Me mirarás?

Maur. Estoy á la derecha... en la galeria principal.

Adrian. Te dedicaré todos mis versos!.. que te vea yo bien!.. Oh! voy á hacerlo còmo nunca! (*Váse por la primera puerta de la derecha.*)

Maur. Hasta luego. (*Váse por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

Adela.—El Príncipe de Bouillon.
(*Salen por la segunda puerta de la izquierda.*)

Bouill. (*Agitado.*) Gracias, Adela; gracias por el favor que me habeis hecho!

Adela. Conque ha salido cierto?

Bouill. Y tanto!

Adela. Lo siento!

Bouill. Yo no! nada de eso! (*Aparte.*) (Pérfida!...) Nada!... nada!... Precisamente estaba deseando una ocasion de romper con ella.

Adela. Ah! pues si yo lo hubiera sabido!... (*Se llega á la chimenea, y luego se vá por la derecha.*)

ESCENA VII.

Dichos.—El Vizconde, *que sale por la segunda puerta de la izquierda.*

Bouill. Ah! Vizconde!... Ven acá... *Con risa forzada.)* Ja, ja!... Has perdido la apuesta!

VIZCOND. Cómo?

BOUILL. La apuesta aquella sobre los amores del conde de Sajonia...

VIZCOND. El conde de Sajonia! Acabo de encontrármelo de manos á boca... que salia de aquí.

BOUILL. De aquí?... Otra prueba!

VIZCOND. Está en el número tres de la galería principal.

BOUILL. Me alegro!—Ya te acuerdas que se trataba de averiguar quién es la dama que obsequia?

VIZCOND. Eso, eso!

BOUILL. Pues no me ha costado mucho trabajo. Con la ayuda de aquella que ves allí, lo he sabido todo y te he ganado los doscientos luises. Conque paga... paga...

VIZCOND. Pagaré si me dais pruebas...

BOUILL. Pruebas! A ver si te parece suficiente este billetito dirigido al conde. Toma, lée. Es corto, pero claro.

VIZCOND. (*Leyendo.*) «Para tratar del asunto que sabeis, »se desea tener una entrevista á solas con vos, »esta noche á las diez, en mi casita de recreo, »situada á la salida de los bulevares.—Amor y »secreto...—Constanza.»

BOUILL. (*Furioso.*) Letra y firma de la infame Duclós!

VIZCOND. Constanza!

BOUILL. Sí, hombre: así acostumbra á firmar en estos casos. He sorprendido el billete en poder de Artemisa, su criada, que se lo llevaba al conde.

VIZCOND. Y os lo ha dado!...

BOTILL. Por cincuenta luises que le he puesto en la mano.

VIZCOND. Caro anda el papel en esta plaza!

BOUILL. (*A un criado que sale.*) Llevad esta carta á un sugeto que ocupa el número tres de galería principal, sin decir de parte de quién. (*Váse el criado por la primera puerta izquierda.*)—Ahora bien, vizconde: cuento contigo.

VIZCOND. Para qué?

BOUILL. Para que vengas á ser testigo de mi venganza. Voy á hacer añicos... á triturar todos los muebles y adornos de su casa.

VIZCOND. Eso es de mal gusto! Venganza indigna de la química!

BOUILL. Al contrario: la química es ciencia que descompone...

VIZCOND. Para volver á componer... que será al fin en lo que venga á parar... y os costará ponerle de nuevo la casa.

BOUILL. Pues yo necesito un desahogo.

VIZCOND. Decidme: no es vuestra esa casa en que los dos tienen la cita?

BOUILL. Comprada y alhajada por mí!

VIZCOND. Pues yo daria en ella, esta noche, como en mi propia casa, una espléndida cena á todos los actores y actrices del teatro francés.

BOUILL. Eso me costará tanto, como...

VIZCOND. Soy yo quien paga: no he perdido doscientos luises?

BOUILL. Es verdad!

VIZCOND. Los dos amantes se encuentran de repente con una multitud de personas, se descubre el pastel, y... cuadro mitológico!...

BOUILL. Sí, sí: Vénus y Marte...

VIZCOND. Eso es! sorprendidos por Vulcano!...

BOUILL. Cómo!

VIZCOND. No quiero decir...—Ea! Id á hacer los convites.

BOUILL. Hazlos tú tambien. Y cuidado! que no se entere la Duclós!... No vayamos á dar un golpe en vano!... (*Oyese en el teatro un gran ruido de bravos y aplausos.*) Oyes, oyes cómo aplauden!.. A quién será?...

RIGOLET. (*Saliendo por la derecha.*) A quién ha de ser!... A Adriana!... Es un furor!... La Duclós está derrotada!

BOUILL. (*Aplaudiendo.*) Me alegro!

RIGOLET. Calla!...

BOUILL. *Se va con el vizconde por la derecha, aplaudiendo con ira.*) Bravo!... Adriana!... Bravo!...

ESCENA VIII.

RIGOLET.

Tambien á este le ha conquistado!... Lo que puede el talento!... (*Poniendo el oido.*) Ahora viene el monólogo.—Qué silencio! Cómo los tiene sin respirar!—Bien, bien!...—Más despacio... más despacio por Dios!...—Eso es! eso es!—Ah! qué acento!... qué espresion!... Cómo ha dicho eso!.. Aplaudid, bárbaros!... (*Óyese un aplauso.*) Público inteligente!—Ya le habrá visto!... Con su presencia se habrá escitado!... Ahora le estará mirando!... estará bebiendo en sus ojos la inspiracion... Y yo, pobre de mí, que la amo con locura!... Esto me desespera!... me asesina!... (*Oyendo.*) Oh! qué bien ha dicho eso!.... Delicioso!... divino!... (*Aplausos.*) Me desespero... lloro... y rio á un tiempo!... me vuelvo loco de pena... y de alegria!... Oh! Adriana!... al escucharte me olvido de todo!... hasta de mis celos!... (*Mirando al rededor.*) Hasta de los accesorios!... Dónde andará la carta que ha de sacar Fátima?... Aquí la tenia yo ahora mismo!... La habré perdido!... (*Buscándola por la mesa de la izquierda.*)

ESCENA IX.

RIGOLET.—MAURICIO.

Mauricio sale por la primera puerta izquierda.

MAUR. Maldito sea el ducado de Curlandia!...

RIGOLET. A ver si en este cajon...

MAUR. Faltar á la cita de Adriana!... Oh! imposible!—y por otra parte, este billete que la Duclós acaba de enviarme en nombre de la Princesa!... Cómo doy chasco á esta señora?.. Cómo la dejo toda la noche esperándome en esa casa, donde va solo por verme... por servirme en un negocio de tanta importancia como es recobrar mis

estados!—Si pudiera ver á Adriana, yo le contaria... no todo... pero sí lo esencial. (*Dirigiéndose á la derecha.*)

RIGOLET. (*Sin separarse de la mesa.*) Dónde vais, caballero?

MAUR. Quisiera hablar á la señora Adriana....

RIGOLET. Imposible: está en escena.

MAUR. Pero cuando se retire...

RIGOLET. No se retira hasta el final.

MAUR. Qué contratiempo!—Y decidme, amigo...

RIGOLET. Perdonad! estoy ocupado... buscando una carta.... que tiene que entregarle Fátima en la escena... Ah! aqui está. (*La pone en la mesa.*) Hola!.. murmullos!... (*Acércase á la derecha.*) A la Duclós!... Sí, sí! grita, grita!... Como si el desgañitarse y el lloriquear fuera sentir!

MAUR. (*Aparte.*) Este pergamino se lo han de entregar á ella en escena... (*Desdoblándolo.*) Y aquí no hay nada escrito.... Ah! qué feliz ocurrencia! (*Escribe en él con lapiz, vuelve á arrollarlo y lo deja.*)

RIGOLET. Ahora entra Adriana!... Qué diferencia!... Qué entonacion tan natural!... tan sencilla!... y al mismo tiempo tan!... tan!...—Ah! si yo fuera sócio!... haria tal vez los galanes jóvenes... y ahora me diria ella á mí.

«Óyeme, Bayaceto: yo te adoro!»

ADELA. (*Saliendo por la derecha.*) Por Dios, Rigolet!... y mi carta? mi carta para Rojana?... dónde está?

RIGOLET. Allí, allí!... En esa mesa!

MAUR. (*Presentándole el pergamino.*) Señorita!

ADELA. (*Con una cortesia.*) Gracias, caballero! (*Mirándole al irse.*) Muy guapo es! (*Se va por la derecha.*)

MAUR. Recibirá mi carta de manos de Fátima, y sabrá que no puedo venir á buscarla esta noche. Pero mañana... Oh! mañana ya estará libre.—No vale mi Gran-Ducado de Curlandia las incomodidades que me cuesta!—Vamos á la cita de la Princesa. (*Se va por la izquierda.*)

RIGOLET. Ya sale Fátima!... A que no saca la carta?—Sí: la saca... se la dá á Rojana... Dios mio!... qué efecto le hace!... se ha estremecido de piés á cabeza! se ha quedado pálida como la muerte... vacila!... no puede tenerse en pié!... Admirable!... (*Estrepitosos aplausos.*) Así, así!... aplaudid!... Bravo!... bravo!... sublime!... divino!...

ESCENA X.

RIGOLET.—ADELA.—JULIA.—POISSON.—QUINAULT. EL PRÍNCIPE.—EL VIZCONDE.—*Luego* ADRIANA.

(*Salen por las puertas de la derecha.*)

JULIA. Yo no sé qué tienen esta noche para aplaudir tanto!

ADELA. Caprichos del público!

VIZCOND. (*Saliendo.*) Soberbio!..

JULIA. Es un absurdo!

POISSON. Eso da risa!

QUIN. Eso da rábia!

BOUILL. Nunca la he visto tan admirable! Ha puesto al público en un estado de ebullicion!..

ADRIAN. (*Saliendo agitada. Aparte.*) Despues de tres meses de ausencia!..—Ah! tengamos serenidad!

BOUILL. Conque sois de la partida?

VIZCOND. Ya iba yo á convidarla.

ADRIAN. A mí?

VIZCOND. Sí: una cena para esta noche, á que asiste toda la compañía.

ADRIAN. Imposible: no estoy de humor.

VIZCOND. Razon más para que trateis de distraeros. Será una reunion variada y agradable: tendremos alli al jóven Conde de Sajonia, que será el héroe de la fiesta.

ADRIAN. El Conde de Sajonia!

VIZCOND. Seguro!

ADRIAN. Y yo que tanto deseo conocerlo... para recomendarle á un oficial...

VIZCOND. Os pondremos á su lado en la mesa... y á los postres le hace coronel.

ADRIAN. Pero la tragedia se acabará tarde... estaré cansada...

BOUILL. Allá os esperaremos. Ya sabeis dónde... en la casa de recreo de la Duclós...

ADRIAN. La del jardin?.. fuera de los bulevares?..

BOUILL. Justo!

ADRIAN. Está frente á la mia.

BOUILL. Pues tomad la llave de la puertecita del jardin, y en dos pasos.... con solo atravesar la calle entrais por allí... (*Le da una llave.*)

ADRIAN. Siendo así...

VIZCOND. Aceptais.

ADRIAN. No sé!..

BOUILL. Rigolet será tambien de los nuestros.

RIGOLET. Oh! señor!.. Tengo que disponer funcion para mañana...

ADRIAN. (*Aparte.*) Me vengaré de aquel ingrato.., haciéndole un beneficio!

RIGOLET. (*Mirando á Adriana.*) Pasaré toda la noche á su lado!..

AVISAD. (*Asomando por la derecha.*) Señores: se va á empezar el acto!

ADRIAN. Hasta luego. (*Se va por la derecha.*)

RIGOLET. Vamos, señores, vamos!..

JULIA. Vizconde, palabra. Podré llevar un amigo que me acompañe?..

VIZCOND. Aunque sean dos!

ADELA. Y dónde tomamos los coches?

VIZCOND. Todo estará dispuesto. Pero silencio!.. Se trata de una sorpresa!..

TODOS. (*Rodeando al Vizconde.*) Qué sorpresa?... qué sorpresa?...

VIZCOND. Chit!.. no se puede decir ahora!.. Ya vereis!

RIGOLET. Que se empieza el acto!.. Esta gente!.. en hablando de cenar!...—Vamos, niñas! al bastidor!...—Caballeros, á la sala!.. (*Colocándose entre ellos y ellas, y despidiéndolos en tono trágico.*)
«Andad! las puertas del *salon* se cierren!..
y todo vuelva á su primer estado!»

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala elegante en la casa de recreo de la Duclós. Decoracion de cinco lienzos. Puerta en el fondo. Puerta en la diagonal derecha. Balcon con vidrieras en la diagonal izquierda. Á la derecha, en primer término, una puerta secreta. Más allá una mesa, y en ella un candelabro con dos bujías encendidas. Á la izquierda, en primer término, otra puerta.

ESCENA PRIMERA.

La Princesa *sentada.*

Luis XIV dijo una vez: «He estado espuesto á esperar.»—Y la Princesa de Bouillon, nieta de reyes... hace una hora que está esperando!—La Duclós me envió á decir que le habian entregado el billete en el palco número tres de galería principal, donde estaba solo... Solo!... será verdad?.. No será una mujer quien le detenga?... Una infidelidad... puede perdonarse; pero un desaire nunca! (*Levantándose.*) Son las once.—Ah! Conde, Conde!.. El año pasado érais vos el primero que llegaba! Ah! si una mujer es la causa... pobre de ella!—Sabiendo ese hombre que tengo en mis manos su porvenir... su fama... su gloria... la conquista de una corona... no parecer!..—Vámonos! (*Se dirige al fondo: aparece Mauricio.*)

ESCENA II.

LA PRINCESA.—MAURICIO.

PRINCES. (*Alargándole la mano.*) Ah!.. Qué á tiempo llegais!

MAUR. Os pido mil perdones, Princesa!

PRINCES. (*Con amabilidad.*) Estais perdonado!—Otra quizá sentiria este desaire: yo... solo siento la hora que he pasado sin veros. A las doce necesito precisamente estar de vuelta en casa.

MAUR. Habeis de saber que al salir del teatro me pareció que me seguian. Tomé por un sin fin de calles que me alejaban de este barrio, con la intencion de que me perdiesen de vista; pero al llegar á este bulevar desierto, observé que dos hombres embozados me seguian á cierta distancia.—Quién vá!—les grité; y sin contestarme echaron á correr. De buena gana hubiera ido tras ellos, á no ser por el temor de haceros esperar más tiempo.

PRINCES. Me figuro lo que seria.—Pero vamos á lo principal: he estado en Versalles, como os lo ofrecí: he hablado á la reina; he hablado al cardenal de vuestra pretension.

MAUR. Oh! generosa amiga!—Y qué?

PRINCES. La reina lo tomó con empeño; y el cardenal no queriendo disgustar á la Alemania y á la Rusia, ha adoptado un medio término.

MAUR. Cuál es?

PRINCES. Permitiros que levanteis los dos regimientos... á vuestra costa.

MAUR. Me basta.

PRINCES. Cómo! Pues, teneis dinero?

MAUR. No.

PRINCES. Y entonces, cómo habeis de pagarles?

MAUR. Despues de la victoria. Ya me conocen los soldados franceses, y se batirán por mí... á crédito.

PRINCES. Bien: vamos á lo segundo.—Es cierto que teneis deudas? Que debeis setenta mil libras á cierto

conde sueco, que tiene una letra de cambio vuestra, y que puede haceros prender?

MAUR. Por qué me lo preguntais?

PRINCES. Porque estais amenazado. El embajador de Rusia ha encargado á la policia que no os pierda de vista.

MAUR. Y esos eran los que me seguian!.. Ah! si lo sé, voy á ellos y les corto las orejas.

PRINCES. Pobre gente, que vive de sus orejas!—Pero hay más: el embajador anda buscando á toda costa á ese conde sueco que debe de vivir en París.

MAUR. Para qué?

PRINCES. Para comprarle la letra de cambio y haceros prender: con lo cual desbarata vuestra espedicion á Curlandia.

MAUR. Es cierto! Y qué haré?

PRINCES. Todo está previsto. He hablado al intendente de policía y me ha ofrecido que si dá con ese conde, me avisará secretamente: yo os aviso á vos, y vais á buscarle...

MAUR. Para batirme con él!

PRINCES. No! para componer el asunto. Lo más corto seria pagarle.

MAUR. Y cómo? Yo no tengo setenta mil libras disponibles.

PRINCES. Ah! Tampoco yo!

MAUR. Ni las aceptaria!—Aquí no hay más que un medio.

PRINCES. Cuál?

MAUR. Dejar al ruso, al sueco y á la policía que se entiendan allá como puedan, y marcharme mañana.

PRINCES. Marcharos!

MAUR. Reuno mi gente en la frontera, y mientras aquí andan en protocolos, invado la Curlandia, y huyen los tártaros de Menzicoff ante mis escuadrones franceses.

PRINCES. Estais loco! Ese es un plan descabellado! Y al otro dia de llegar... marcharse de París!.. No merezco que me pagueis con unos cuantos dias de estar á mi lado lo que he hecho por vos y el amor que os he consagrado!

MAUR. Princesa... entendámonos de una vez. Nunca

he sido ingrato; y ahora lo seria, si debiéndoos tanto como os debo, no fuera franco con vos. Yo no sé engañar... Esta mañana quise ya decíroslo todo... quise confesaros...

PRINCES. Que amais á otra!..

MAUR. Que quizá vale menos que vos.

PRINCES. *(Queriendo contenerse.)* Y... quién es?.. (*Estallando.*) Quién es?.. Responded!.. porque no sabeis aun de lo que soy capaz!

MAUR. Por eso justamente no os la quiero nombrar. Pero, Princesa, en vez de furias y de amenazas, por qué no hablarnos como buenos amigos? Por qué no decirnos lealmente la verdad? No he visto nunca una mujer más amable que vos, más seductora, más irresistible! La cadena en que me teníais preso era de flores... y tan blanda, tan ligera, que no me consideraba como un cautivo: yo sabia que podia romperla... y no lo hacia. Vuestras coqueterias han estado para hacerlo varias veces.

PRINCES. Mauricio!..

MAUR. Esta es la verdad! Bajo tales condiciones nos ha unido, durante mucho tiempo, un vínculo de amor voluntario, y tanto más duradero, cuanto que cada uno de nosotros se reservaba el derecho de romperlo. La queja, pues, no es justa: donde no hay juramento, no hay perjurio. (*Con fuego.*) Lo habria si yo faltase á la amistad y al agradecimiento que os debo, y que os conservaré toda mi vida. Bajo ese concepto... lo juro por mi honor!.. me creo ligado á vos. Por lo demas, me conceptúo libre.

PRINCES. Pero no para engañarme, pérfido!

MAUR. Por Dios, Princesa! Es inútil...

PRINCES. Inútil!.. Lo veremos! Aunque sepa perderos á vos y perderla á ella, y perderme yo!.. Aunque lo sacrifique todo por saber quién es!..

MAUR. Callad!.. Oigo ruido en el patio!..

PRINCES. Ruido de coche!

MAUR. Esperais á alguien?

PRINCES. Yo no! La Duclós no puede ser, sabiendo que estamos aqui los dos!

MAUR. Mirad por el balcon, vos que conoceis la casa...

PRINCES. (*Mirando.*) Oh! cielos!.. Es mi marido!
MAUR. Qué decis!
PRINCES. El Príncipe... no hay duda!.. Le he visto bajar del coche!
MAUR. Qué significa esto?
PRINCES. Lo ignoro!.. Pero viene con otros, que no he podido distinguir.
MAUR. Ya los oigo!.. Suben por esa escalera!..
PRINCES. Perdida soy!
MAUR. No temais, mientras esté yo á vuestro lado!
PRINCES. Eh! No se trata ahora de defenderme!... sino de estorbar que me hallen en esta casa!... de salvar mi opinion...
MAUR. Es cierto!
PRINCES. Ya llegan!... (*Indicando la puerta izquierda.*) Por aquí me escondo!
MAUR. Dónde dá esa puerta?
PRINCES. A lo interior... y mirad que no hay salida. (*Éntrase por la izquierda.*)

ESCENA III.

MAURICIO.—EL VIZCONDE.—EL PRÍNCIPE, *por el foro.*

BOUILL. (*Viendo cerrarse la puerta izquierda.*) Ah, ah! Os hemos pillado!
MAUR. Vos aquí, señores!
BOUILL. (*Riendo.*) He visto la dama... la he visto!
MAUR. Cómo! lo decís por broma, sin duda?
BOUILL. No es mala broma! Por allí ha desaparecido la fantasma!—Pero no hay miedo: por esa parte no tiene salida.
MAUR. Qué significa esto?
VIZCOND. Que estamos en autos, señor Conde!
BOUILL. (*Con tono festivo.*) Y que el descubrimiento se ha de solemnizar de un modo ruidoso! No es verdad, Vizconde?
MAUR. Yo creia, Príncipe, que érais vos el más interesado en evtar el ruido en esta ocasion. Pero una vez que conoceis á la dama... una vez que lo sabeis todo...
BOUILL. Sí señor, todo! Y tenemos pruebas!

MAUR. (*Poniéndose el sombrero.*) Estoy á vuestras órdenes. El Vizconde tendrá la bondad de servirnos de testigo. Creo que hay un jardin: podemos bajar.

BOUILL. (*Riendo.*) Con este frio!

MAUR. Qué importa para batirse! Cuanto antes despachemos...

VIZCOND. Estais en un error! Si no se trata de despachar pronto: al contrario: queremos que dure toda la noche.—Os enteraré.—El Príncipe os abandona vuestra conquista.

MAUR. Cómo es eso?

VIZCOND. Con la condicion de que el tratado de paz se firme aquí, en una espléndida cena, al resplandor de las luces..,

BOUILL. Al ruido de las copas!...

MAUR. Señores, os estais burlando de mí?

VIZCOND. Una burla ingeniosa.

BOUILL. Para probarle á la Duclós...

MAUR. A la Duclós!,..

BOUILL. (*Señalando á la puerta izquierda.*) Pues, á la que está allí... que ya me fastidia su amor...

VIZCOND. Y que un duelo por ella...

BOUILL. Y por su virtud...

VIZGOND. Seria una ridiculez imperdonable!... Já, já, já!...

BOUILL. Já, já, já!... No os parece chistoso?—Pero en vez de reiros, os habeis quedado tan suspenso!...

MAUR. Sí, al pronto... Pero ya voy comprendiendo... y, en efecto, me parece chistoso el lance!

BOUILL. Já, já!... Quitarme á la Duclós... con mi consentimiento!... Es un favor de amigo!¡

VIZCOND. Debeis daros las manos!

MAUR. No tengo inconveniente. (*Alargando la suya.*)

BOUILL. Ahí está la mia! (*Se las dan.*)

VIZCOND. Faltan los testigos: voy por ellos. (*Se va por el fondo.*)

MAUR. Qué testigos?

BOUILL. (*Riendo.*) Ya vereis!... Una brillante sociedad!—Y como al héroe de la fiesta, os preparamos una agradable sorpresa. Cierta jóven encantadora, que desea con ansia conoceros, y que el Vizcon-

de os presentará ahora, antes de pasar al comedor.

MAUR. Oh! Decid que yo iré allá!... (*Aparte.*) Si pudiera entretanto sacar á la Princesa, sin que nadie la viera!... (*Se pone á mirar por el balcon.*)

ESCENA IV.

Dichos.—EL VIZCONDE, *dando la mano á* ADRIANA.

BOUILL. Llegad: el señor Conde de Sajonia os está esperando con impaciencia.

VIZCOND. Calla! parece que estais temblando!

ADRIAN. Es verdad! La presencia de todo hombre ilustre me conmueve siempre!

BOUILL. (*Acercándose á Mauricio.*) La señorita Adriana Lecouvreur!

MAUR. (*Volviéndose.*) Cielos!

ADRIAN. (*Alzando los ojos, mirándole y dando un grito.*) Ah! (*El Príncipe va á cerrar la vidriera. El Vizconde á dejar el sombrero y los guantes en la mesa.*)

MAUR. (*Aparte.*) Ella aquí!

ADRIAN. (*Aparte mirándole.*) El Conde de Sajonia!... El héroe de nuestro siglo!.. No es posible! (*Acercándose á él.*)

MAUR. (*En voz baja apretándole la mano.*) Chit!... Calla!...

ADRIAN. (*Con un grito de gozo, y llevando la mano al corazon.*) El es!

BOUILL. (*Llegando.*) Qué es eso! Estais turbada!...

ADRIAN. Sorprendida!.. porque yo no creia haber visto nunca al señor Conde... y ahora caigo en que le conocia... pero mucho!.. (*Mirándole con espresion.*) Mucho!

VIZCOND. De vista, eh?

ADRIAN. No: le he hablado tambien.

BOUILL. Dónde?

MAUR. En un baile del teatro.

BOUILL. Ya! disfrazado!...

ADRIAN. Sí; el señor Conde gusta mucho de disfraces. No lo creia yo!

MAUR. Cuando hay razones poderosas... Y si vos las supiérais.

VIZCOND. Adriana queria pediros no sé qué favor...

MAUR. A mí?

BOUILL. Solo por eso ha consentido en venir aquí. Quiere recomendaros á un jóven oficial...

VIZCOND. Para que lo hagais capitan.

MAUR. (*Conmovido.*) De veras? A eso veníais?...

ADRIAN. Sí; pero ya desisto.

MAUR. Por qué?

ADRIAN. Porque yo le juzgaba sin más apoyo que el mio... y despues he sabido que no necesita de mí para hacer carrera.

MAUR. Ah! sea quien fuere, vuestra proteccion debe envanecerle!...

ADRIAN. Bien, veremos! Tomaré informes!... y si realmente lo merece...

BOUILL. En la mesa podreis hablar de eso... Os pondremos juntos. Tú, Vizconde, maestro de ceremonias, dí que preparen la cena.

VIZCOND. Voy, voy! (*Se va por el foro.*)

BOUILL. Ya voy á dar mis disposiciones para que cierta dama incógnita no se nos escape... antes de cenar.

ADRIAN. No seré yo, ciertamente!

BOUILL. (*Riendo.*) Para mayor seguridad, voy á cerrar yo mismo todas las puertas, y nadie podrá salir de esta casa hasta el amanecer. (*Vase.*)

MAUR. (*Aparte.*) Cielos! què haré!

ESCENA V.

ADRIANA.—MAURICIO.

ADRIAN. (*Despues de verle ir, se lleva la mano á la frente.*) Ah! lo dudo todavia! Sois vos el Conde de Sajonia!... Hablad! hablad!... Sepa yo que quien me ama es el Conde... Y eres tú!

MAUR. Adriana!

ADRIAN. (*Con exaltacion.*) Mauricio!... Mi dueño!... mi héroe!.. Oh! cómo te adiviné!

MAUR. Chit! Calla!,.. (*Aparte.*) Si nos oye. (*A media*

voz.) Ahora más que nunca conviene el misterio!

ADRIAN. No temas! Mi amor es tan grande, que no ha menester el auxilio de la vanidad!—Dime: es cierto que te preparas, segun dice la fama, á una gran empresa?... á una conquista que te ha de dar una corona?... Ah! Mauricio, quizá para alcanzar esa gloria te perjudique el amor de esta pobre mujer!...

MAUR. Oh! nunca! nunca!...

ADRIAN. Rómpelo, en ese caso!—Yo me resignaré!... Yo encerraré aquí mi orgullo con mi amor! Mientras el mundo cuenta tus hazañas, tú me contarás tus penas, los enemigos, los envidiosos que te suscite tu gloria: esos séres inmundos que nacen siempre alrededor de todo génio que descuella. Todo me lo confiarás y yo te consolaré, yo te diré: ánimo, Mauricio! Sigue con paso firme por esa senda de inmortalidad! Llena con tu gloria el universo... y mi corazon con tu amor!

MAUR. (*Estrechándola contra su pecho.*) Oh! ángel mio!... Conque venias dispuesta á ganar esta noche la voluntad del Conde de Sajonia?

ADRIAN. Mira cuál es tu fortuna! El único rival que tenias en el mundo... eras tú mismo.

MAUR. Pues tú no le tienes!

ADRIAN. Cuento con eso! Creo en las palabras de los héroes.

MAUR. Silencio!.. que vienen!

ESCENA VI.

Dichos.—EL VIZCONDE.—RIGOLET.

(*El Vizconde trae un canastillo de flores que coloca en la mesa, y se pone á hacer ramos.)*

VIZCOND. Lo siento, amigo Rigolet; pero esa es la consigna: el que entra aquí, no sale hasta el amanecer.

RIGOLET. Pero intercediendo vos...

VIZCOND. Yo no salgo de mis ramos. El Príncipe, que es

el alcaide de esta fortaleza, ha cerrado las puertas, y se ha guardado las llaves.

RIGOLET. Pero es que se trata de un negocio urgente. Hay que mudar la funcion de mañana, y quisiera ir á casa de la Duclós antes que se acostase...

VIZCOND. Calla!..

RIGOLET. Pues!.. á decirle si quiere hacer mañana la Cleopatra.

VIZCOND. No es más que eso?

MAUR. (*Aparte.*) Cielos!

VIZCOND. Pues no teneis que molestaros. La Duclós cena con nosotros.

RIGOLET. De veras? Oh! entonces me quedo.

VIZCOND. Pues hombre! Si es la heroina de la fiesta! Preguntárselo al señor Conde de Sajonia.

RIGOLET. Cómo!.. Es posible!.. (*Con respeto.*) Este caballero... es el señor Conde de Sajonia?

ADRIAN. (*Presentando á Rigolet.*) El señor Rigolet, inspec tor del teatro francés, y mi mejor amigo. (*Rigolet pasa entre Adriana y Mauricio.)*

RIGOLET. Creo, si no me engaño, que he visto al señor esta noche en el salon del teatro... Y me parece que preguntó por tí...

ADRIAN. Vamos, vamos, pensad en esa Cleopatra... A ver si la Duclós...

RIGOLET. Y dónde la veré?

VIZCOND. (*Haciendo ramos.*) Estamos en su casa. Aquí habia citado ella para esta noche al señor Conde... (*Se coloca entre Adriana y Rigolet.*)

ADRIAN. Qué decis!

MAUR. Señor Vizconde!...

VIZCOND. Cita misteriosa!.. No debia decirlo hasta la hora de la cena, pero aquí en confianza se puede contar el lance.

MAUR. Os lo prohibo!

VIZCOND. Bien: contadlo vos, que lo sabeis mejor que nadie.

MAUR. Vizconde!

VIZCOND. Quién mejor que el héroe de la aventura! (*Presentando un ramo á Adriana.)* Tengo el gusto de ofrecer este ramo á Melpómene!—Ay! Dios mio!.. Qué semblante!.. qué espresion tan trá-

gica! Mirad, señor Conde! (*Se vuelve á la mesa.*)

RIGOLET. Adriana!.. qué tienes?

ADRIAN. (*Disimulando.*) Yo? nada! nada... Siento haber interrumpido la aventura que iba á contar el señor Conde.

MAUR. Qué disparate!.. Todo es pura invencion! (*Pasa junto á Adriana.*)

VIZCOND. Poco á poco!.. El lance podrá no ser nuevo, pero es cierto.

MAUR. Pues yo os digo...

VIZCOND. Y vos mismo nos lo confesásteis poco há al Príncipe y á mí. Como que la vimos con nuestros ojos!

ADRIAN. La visteis?

VIZCOND. Sí, á la Duclós, que al entrar nosotros, se escapó á esas habitaciones, donde está todavía. (*Volviéndose junto á la mesa.*)

RIGOLET. (*Aparte.*) Por allí!..

VIZCOND. (*Sentándose.*) Podeis cercioraros si quereis.

ADRIAN. Sí! (*Se dirige á la puerta. Mauricio que se ha puesto delante de ella, la toma de la mano y la trae al proscenio.*)

MAUR. Una palabra!

RIGOLET. (*Aparte.*) Aprovecho la ocasion! (*Entráse quedito por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

EL VIZCONDE.—ADRIANA.—MAURICIO.

MAUR. (*Con rapidez y en voz baja.*) Una intriga política de que no deben enterarse ni el Vizconde ni el Príncipe es lo que me ha traido aqui esta noche. (*Gesto de duda en Adriana.*) De ella depende mi porvenir!

ADRIAN. Y esa Duclós?

MAUR. La Duclós no está aquí!... ni es ella la que yo amo... lo juro por mi honor!—Me crees?

ADRIAN. (*Alza los ojos, le mira, y despues de un instante dice.*) Sí!

MAUR. (*Apretándole la mano con gozo.*) Bien, Adriana!

—Y más exijo de tí: es preciso que le impidas al Vizconde entrar en ese gabinete y ver á la que está en él, mientras yo...—el honor me lo manda!—voy á disponer su fuga... aunque para ello tenga que sobornar... ó que ahogar al conserge y echar abajo la puerta!

ADRIAN. Anda!.. yo quedo aquí!

MAUR. (*Con amor.*) Gracias, Adriana!.. gracias! (*Váse por el foro.*)

ESCENA VIII.

EL VIZCONDE.—ADRIANA.—*Luego* RIGOLET.

ADRIAN. «Lo juro por mi honor!» me ha dicho!.. Por su honor!.. Mauricio no puede faltar á ese juramento: debo creerle!.. Oh! no seria quien es!

RIGOLET. (*Saliendo de puntillas.*) Adriana!... Adriana!... Si supieras qué aventura!..

ADRIAN. (*Distraida.*) Qué?

RIGOLET. No es la Duclós!

ADRIAN. (*Aparte con gozo.*) Ah! me ha dicho la verdad!

RIGOLET. (*En alta voz y soltando la risa.*) No es la Duclós!

VIZCOND. (*Levantándose y llegando.*) Cómo!.. No es la Duclós?

RIGOLET. (*Pasando entre el Vizconde y Adriana.*) No señor!

VIZCOND. Si el Conde mismo nos ha confesado que es ella!.. Quién es, entonces?

RIGOLET. Yo no sé!.. pero la Duclós no es... eso lo juro!

VIZCOND. La habeis visto?

RIGOLET. No señor.

ADRIAN. (*Aparte.*) Bien!

RIGOLET. Oscuridad completa!.. Como cuando se apaga la lucerna y se bajan las candilejas!—Pues señor, entré en ese gabinete, y... chit! chit!.. nadie me respondia.—Fuí tentando la pared... y dí con un tápiz que cubria una puerta: lo levanté y me metí en otra sala que hay más allá: entonces percibí un ligero ruido hácia el fondo de la habitacion, y á los pocos pasos tropecé con

una mano de mujer.—Yo, en la firme inteligencia—por habérmelo asegurado vos—de que aquella era la Duclós... fuí derecho á mi asunto, y la pregunté si consentia en hacer mañana la *Cleopatra*. La mano que yo tenia agarrada se soltó de repente con violencia... y oí una voz desconocida que dijo con acento de enojo:—Por quién me habeis tomado?—Por la Duclós, respondí yo. A lo cual replicó:—He venido á su casa por motivos que no puedo descubrir.

VIZCOND. Es posible!

RIGOLET. «Si vos, quien quiera que seais,—continuó la dama misteriosa bajando la voz,—haceis de modo que salga yo de esta casa sin que me vean, contad con mi proteccion y dad por hecha vuestra suerte.» —Entonces le contesté que el Príncipe habia cerrado todas las puertas: pero que si me ofrecia solamente hacerme nombrar sócio... buscaria el medio de...

VIZCOND. } Y qué mas?
ADRIAN. }

RIGOLET. Nada; me volví á salir á tientas... y aquí me teneis!.. Qué hacemos?

VIZCOND. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Ante todo saber quién es la dama.

ADRIAN. (*Poniéndose delante de la puerta.*) Qué vais á hacer?

VIZCOND. Es la que estaba aqui con el Conde de Sajonia!

ADRIAN. Razon más para respetarla!

VIZCOND. Es que... no sabeis vos el interés que tengo en conocerla...

ADRIAN. (*Aparte.*) Bien me ha dicho Mauricio!

VIZCOND. (*Aparte.*) Vá en ello la conquista de la Princesa... y yo he de averiguar á toda costa..... (*Vá á la puerta.*)

ADRIAN. Señor Vizconde!... no entrareis!

VIZCOND. (*Rogándola.*) Vamos!...

ADRIAN. Daré voces!... Llamaré al Príncipe!...

VIZCOND. Al Príncipe?.. Es verdad!... Ah! qué fortuna para él... Voy á contarle que la Duclós es inocente!... Cosa que le vá á maravillar! (*Se vá por el foro. Adriana le sigue hasta la puerta. Rigolet pasa á la izquierda.*)

ESCENA IX.

ADRIANA.—RIGOLET.

ADRIAN. Ya se fué!
RIGOLET. Qué vas á hacer?
ADRIAN. A salvar á esa dama, sea quien fuere!
RIGOLET. Quieres que te ayude?
ADRIAN. No. Él me ha encargado que nadie la vea... y nadie la verá... (*Apagando las bugías.*) ni yo misma!
RIGOLET. Calla!... Y cómo has de poder, asi á oscuras...
ADRIAN. Dejadme. Id á cuidar que nadie venga á sorprendernos.
RIGOLET. Esto es absurdo!—Voy, voy! (*Váse por el foro y cierra la puerta.*)

ESCENA X.

(Á oscuras.)

ADRIANA.—*Luego* LA PRINCESA.

Adriana se dirige á la puerta izquierda.

ADRIAN. Vamos allá.—(*Llama.*) No responde.—Abrid, señora... abrid, en nombre de Mauricio de Sajonia. (*Se abre la puerta.*) Nada resiste á este talisman!
PRINCES. Qué quereis?
ADRIAN. Salvaros!... hacer que salgais de aquí.
PRINCES. Están cerradas todas las puertas!
ADRIAN. Yo tengo aquí una llave... que es la de la puerta de la calle.
PRINCES. Oh! qué fortuna!... Venga, venga! (*La toma.*)
ADRIAN. Es que hay que bajar hasta el jardin sin que os vean... y eso no sé yo cómo hacerlo... porque no conozco la casa.
PRINCES. No tengais miedo! (*Aparte dirigiéndose á la derecha mientras Adriana vá á escuchar al foro.*)

Por aquí ha de estar la puerta secreta!... (*Recorre la pared, dá con el resorte y la puerta secreta se abre.*) Esta es!—(*Volviendo hácia Adriana.*) Y vos, á quien debo tan inmenso servicio, quién sois?

ADRIAN. Nada os importa... venid!

PRINCES. No distingo vuestras facciones...

ADRIAN. Ni yo las vuestras.

PRINCES. Pero esta voz no me es desconocida!... yo la he oido más de una vez!... Sí, sí!.. por qué sustraeros á mi gratitud?—Duquesa de Mirepoix... sois vos?

ADRIAN. No. Daos prisa... huid del riesgo que os amenaza!

PRINCES. Ah! vos sabeis cuál es?

ADRIAN. Sea cual fuere, fiad en mi discrecion, y nada temais.

PRINCES. Pero ese riesgo... cómo lo sabeis?... quién os lo ha revelado?

ADRIAN. Uno que me lo confia todo.

PRINCES. Cielos!—Y quién le ha dado á Mauricio el derecho de revelároslo todo?

ADRIAN. (*Tomándole la mano.*) Y á vos quién os ha dado el derecho de llamarle *Mauricio*?... Y por qué temblais?... vuestra mano tiembla!... vos le amais!

PRINCES. Con toda mi alma!...

ADRIAN. Y yo tambien!

PRINCES. Ah! vos sois la que yo busco!

ADRIAN. Y vos, quién sois?

PRINCES. De seguro, más que vos!

ADRIAN. Probádmelo.

PRINCES. Sí, porque os he de perder!

ADRIAN. Y yo... os he de salvar!

PRINCES. Ah! esto es demasiado!... Quiero ver vuestro semblante!...

ADRIAN. Y yo el vuestro!...

BOUILL. (*Dentro.*) Vamos, vamos á saber la verdad!

PRINCES. (*Aparte.*) Cielos!... mi marido!... Y marcharme cuando tengo aquí á mi rival!... cuando voy á conocerla!...

ADRIAN. Quedaos, quedaos!... Aquí traen luces!

PRINCES. Pues bien!... sí!... me quedo!—Ah! no!... im-

posible!... (*Desaparece por la puerta secreta que vuelve á cerrarse, en tanto que Adriana vá á abrir la del foro, por la cual salen el Príncipe y el Vizconde con luces.*)

ADRIAN. Venid, venid!.. (*Mirando en derredor.*) Gran Dios!.. Qué es esto!..

ESCENA XI.

ADRIANA.—EL PRÍNCIPE.—EL VIZCONDE.—*Luego* ADELA. JULIA.

BOUILL. Conque estás seguro de que no es la Duclós?

VIZCOND. Segurísimo!

BOUILL. Qué fortuna!

VIZCOND. Entremos á ver quién es, antes que corra la voz... (*Entran en el gabinete: al mismo tiempo aparecen por el foro* Adela *y* Julia, *y entran detrás de ellos.*)

ADELA. / JULIA. } Entremos tambien!

ADRIAN. «Por su honor,»—me ha dicho... «por su honor.»—No puedo creer que me haya engañado!.. no puedo creerlo todavía!

ESCENA XII.

ADRIANA.—RIGOLET.

RIGOLET. (*Saliendo de puntillas por la puerta del foro.*) Adriana!.. por fin la has hecho escapar?

ADRIAN. Sí.

RIGOLET. Entonces es ella la que he visto atravesar á escape el jardin con el Conde de Sajonia.

ADRIAN. Los habeis visto?

RIGOLET. Toma! Como que al pasar por delante del cenador donde yo estaba, se le ha caido á ella este brazalete... (*Se le da.*)

ADRIAN. Dádmelo!—Y el Conde?

RIGOLET. Se ha marchado con ella.

ADRIAN. Con ella!..

RIGOLET. Sí—Conque ya puedes estar tranquila: él la pondrá en salvo.

ADRIAN. (*Cayendo en una silla.*) Ah! me ha engañado!

ESCENA XIII.

Dichos.—EL PRÍNCIPE.—EL VIZCONDE.—ADELA.—JULIA. (*Saliendo por la izquierda.*)

BOUILL. No hay nadie!

VIZCOND.
ADELA.
JULIA. } No hay nadie!

BOUILL. Qué importa! No siendo la Duclós, estoy contento! (*Dando la mano á las dos damas.*) Niñas!.. á cenar!.. á cenar!..

EIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La sala del acto primero, alumbrada y dispuesta para recibir sociedad.

ESCENA PRIMERA.

RIGOLET.

Saliendo por la puerta izquierda y saludando.

Retiraos por Dios, señor Príncipe!.. retiraos... yo no merezco tanto honor!..—Un Príncipe de Bouillon... un descendiente de Godofredo de Bouillon... salvo error! El héroe de la Jerusalen!.. aquel de quien dijo el Tasso:

«Canto l'armi pietose, e'l capitano
che'l gran sepolcro liberó di Cristo!..»

Salir á acompañarme hasta la puerta!.. A mí, simple inspector del teatro francés!.. Qué seria si fuera sócio.—En fin, he desempeñado mi comision con buen éxito, y Adriana está servida. Voy corriendo á darle cuenta, que estará con una impaciencia!.. *(Aparece Adriana por el foro, precedida de un lacayo.)*

LACAYO. Sí, señora: allí está.
RIGOLET. Ella es!

ESCENA II.

RIGOLET. — ADRIANA.

ADRIAN. Pero qué haceis?.. Cómo os habeis detenido tanto? Dos horas há que os envié!.. Me he figurado que habria algun obstáculo... y vengo yo misma á allanarlo...

RIGOLET. Ninguno! Todo ha salido á medida de tu deseo. Me entraron en un laboratorio, donde me hallé al Príncipe con una gran bata de florones y un gorro puntiagudo, que parecia un nigromante: entre retortas, hornillos, vasijas... soplando con un fuelle... Dicen que es gran químico!..

ADRIAN. Adelante, por Dios!

RIGOLET. Príncipe mio—le dije,—vos habeis dicho repetidas veces á Adriana Lecouvreur que cuando quisiera deshacerse de los diamantes que le regaló la reina, le daríais por ellos sesenta mil libras?—Es cierto, contestó, y no me desdigo. —Pues Adriana me envia á que le hagais ese favor, rogándoos que nadie lo sepa.—Estuvo bien dicho?

ADRIAN. Sí: adelante.

RIGOLET. Al pronto se quedó parado. Me preguntó que con qué objeto querias ese dinero: á lo cual no pude contestar, en vista de que tú no me lo has dicho. Por fin, tomó la pluma, y escribió este bono contra la caja.

ADRIAN. Ah! Respiro! Me habeis hecho pasar dos horas de martirio!.. Y aun tengo que dar otros pasos...

RIGOLET. Para buscar las otras diez mil libras que necesitas? No te apures: aquí las tienes.

ADRIAN. Cielos!

RIGOLET. Esa es la primera diligencia que hice: por eso me he entretenido.

ADRIAN. Pero de dónde los habeis sacado?

RIGOLET. No te acuerdas?.. La herencia de mi tio Ambrosio.

ADRIAN. Vuestra herencia!.. Lo único que poseeis!.. Oh! no, no debo aceptar ese sacrificio!

RIGOLET. Por qué no?

ADRIAN. Yo puedo esponer lo que es mio... pero no lo de mis amigos.

RIGOLET. Esponerlo!.. Cómo es eso?.. Esplícamelo!

ADRIAN. No puedo!.. No puedo deciros nada!

RIGOLET. Nada? Pues no me lo digas. Pero tómalo, tómalo!.. Todo lo que yo tengo es tuyo!

ADRIAN. Bien: ya lo arreglaremos. Ahora lo que urge es llevar esta suma á casa del embajador de Rusia, y entregársela en pago de una letra de setenta mil libras, endosada por el conde de Kalkreut...

RIGOLET. El conde de qué?..

ADRIAN. De Kalkreut... un sueco...

RIGOLET. Maldito si entiendo!..

ADRIAN. No importa.—Silencio! El Vizconde.

ESCENA III.

Dichos.—EL VIZCONDE, *por el foro.*

VIZCOND. Qué veo! La señorita Adriana por aquí! Indica esto algun contratiempo? No tendremos el gusto de veros en la reunion de esta noche?

ADRIAN. Sí tal! Se lo he ofrecido al Príncipe y no faltaré.

VIZCOND. Ah! Respiro!—Sé yo de muchas damas que están locas con la idea de veros y oiros!—Por desgracia faltará uno de vuestros más entusiastas admiradores.

RIGOLET. Quién?

VIZCOND. El pobre Conde de Sajonia!

ADRIAN. (*Aparte.*) Qué oigo!

VIZCOND. Le ha sucedido la aventura más original!.. Figuraos que proyectaba marchar esta semana á conquistar la Curlandia, y hacerse nada menos que gran duque, ó rey, ó qué sé yo! (*Riendo.*) Pues á que no adivinais quién le arrebata su corona?

RIGOLET. No!

VIZCOND. (*Riendo.*) Una letra de setenta mil libras!..

RIGOLET. Cómo, cómo habeis dicho?

VIZCOND. Letra que el embajador de Rusia ha comprado por bajo de cuerda, para hacer prender al Conde, y estorbar por ese medio que vaya á alborotar aquellos estados.

RIGOLET. Es posible!..

VIZCOND. Segurísimo! La letra pertenecia, segun dicen, á un conde de Kalkreut...

RIGOLET. Un sueco?

VIZCOND. Le conoceis?

RIGOLET. (*Mirando á Adriana con ira.*) Sí!.. Mucho!..

VIZCOND. Pues parece que ha sido una querida del Conde de Sajonia, una dama de alta clase...

ADRIAN. Una dama!..

VIZCOND. Sí: la que en un arrebato de celos, ha denunciado el hecho al embajador; de suerte que en este momento el héroe de Sajonia, sin corona ni ejército, gime bajo los cerrojos de la policía. No es chusca la aventura?.. Já, já!.. Voy á contárselo al Príncipe, que se muere por estas cosas!.. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

ADRIANA.—RIGOLET.

Adriana se ha quedado silenciosa y con los ojos bajos.

RIGOLET. Conque esas tenemos? Conque tu amante es el Conde de Sajonia?

ADRIAN. Sí.

RIGOLET. Y ese es el que quieres librar?

ADRIAN. Sí.

RIGOLET. A costa de todo tu caudal?

ADRIAN. A costa de toda mi vida!

RIGOLET. Pero no has oido que no te ama?.. que ama á otra?

ADRIAN. Ya lo sé.

RIGOLET. Eso dices!.. y no te avergüenzas!..

ADRIAN. Y no comprendeis vos que haya quien ame sin esperanza y á pesar suyo!..

RIGOLET. (*Con viveza.*) Sí, si!

ADRIAN. Sin poderlo evitar!.. Queriendo ocultárselo á todo el mundo... á sí propia!..

RIGOLET. Sí! Sí!..

ADRIAN. Sintiendo dentro del alma una vergüenza... una vergüenza que es amor!

RIGOLET. Sí, sí! Lo comprendo!... Adriana!... Lo comprendo! Perdona, hija mia, perdona!... Te dije una tonteria! Pero, vamos, qué te propones?

ADRIAN. Nada; salvarlo!

RIGOLET. Y esa dama de quien nos ha hablado el Vizconde?... Que será la que dejó caer el brazelete...

ADRIAN. Oh!... esa rival!... Yo la buscaré... yo la descubriré!... No más que para decirla: vos lo habeis hecho prender... y yo le he dado libertad!... Libertad para que os vea, para que os ame... para que me asesine!... Juzgad, señora, cuál de las dos sabe amar mejor!

RIGOLET. Y él?

ADRIAN. Él!... Me ha engañado!... Se acabó para mí!

RIGOLET. (*Con gozo.*) Bien hecho!... Pero entonces, dime á qué te sacrificas por ese ingrato?

ADRIAN. No es sacrificio... es venganza! No habeis oido que vá á conquistar una corona?... Quiero que esa corona sea para él un remordimiento! Sí! porque no podrá mirarla sin que una voz secreta le diga: se la debes á Adriana... se la debes á la pobre cómica que tan villanamente engañaste!... Corred!... Volad á libertarlo!... Os espero en casa. (*Se vá por el foro.*)

ESCENA V.

RIGOLET.

Y ahora, sepamos cuál de los dos está más loco? Ella siquiera dá su caudal por un amante; pero yo que doy el mio por un rival! En fin, ella lo quiere!—Y me preguntaba si comprendia yo lo que es querer, sin... Ya, ya! Vaya si lo comprendo!...—Pues señor!... vamos á ver al ruso! (*Se vá por el foro.*)

ESCENA VI.

LA PRINCESA.—*Luego* EL VIZCONDE.
La Princesa sale por la derecha muy cavilosa.

Que vaya... que vaya ahora á reirse de mí en brazos de mi rival! Ya estará conociendo en este instante de lo que soy capaz!—Lo que más me inquieta es la pérdida del brazalete que me regaló mi marido! Cuándo se me caeria?... Sin duda al subir al coche de alquiler que tuve que tomar. Por fortuna el brazalete me lo trajo ayer, y nadie me lo ha visto todavia! —Ahora lo que me importa es descubrir á esa mujer!... á esa mujer á quien Mauricio «*se lo confia todo.*»—Estas fueron sus palabras!...—Cuando pienso que la tuve entre mis manos!... y que perdí la ocasion!...—Pero ya volverá!...—Hola! Vizconde!...

VIZCOND. *(Saliendo por la izquierda.)* Oh! Princesa! Vestida ya!... hecha una diosa!

PRINCES. Como tengo que recibir, lo he tomado con tiempo... y estaba aquí pensando...

VIZCOND. No seria en mí!

PRINCES. Tal vez!

VIZCOND. He tenido tan poca fortuna en el encargo que me hicísteis!... Soy un desventurado! Y eso que ya creí haber dado con la dama! Todos los indicios estaban por que era la Duclós!...

PRINCES. La Duclós!

VIZCOND. El Príncipe mismo lo creyó!...

PRINCES. Razon más para que no fuera cierto.—Pues, amigo, yo he tenido más suerte: yo he visto á esa beldad misteriosa. Me la he encontrado... noches pasadas... en el campo... en un bosquecillo muy oscuro, muy oscuro!

VIZCOND. De veras?

PRINCES. Tanto, que no pude distinguir sus facciones; pero la oí pronunciar estas palabras! «No temais: me ha revelado vuestro secreto uno que me lo confia todo.»—Y lo particular es que aquella voz me es conocida. Cuanto más refle-

xiono, más me afirmo en que la he oido muchas veces!

VIZCOND. Sí?

PRINCES. Oh! sin que me quede duda!—Donde?.. eso es lo que no recuerdo.—He estado pensando en un sin fin de mujeres!.. En la duquesa de Mirepoix... en la de Sancerre... en la de Vaudemont... Nada! no es ninguna de esas.—Y sin embargo... aquella voz... aquella voz es de persona que yo trato mucho... que veo á menudo.

VIZCOND. Esperad!—Será quizá la duquesa de Aumont?

PRINCES. La duquesa!.. Creeis...

VIZCOND. Es una inspiracion que tengo!

PRINCES. En efecto!.. Aquel interés con que hablaba ayer del Conde de Sajonia!.. tantos pormenores como contó de su vida privada... diciendo siempre que los sabia por su primo Florestan!..

VIZCOND. No creo en los primos!..

PRINCES. Ni yo!

ESCENA VII.

Dichos.—UN LACAYO.—*Luego* LA DUQUESA.

LACAYO. (*Anunciando.*) La señora duquesa de Aumont.

PRINCES. Algun ángel nos la trae! (*Yendo á su encuentro.*) Oh querida mia! Cuánto os agradezco que vengais tan temprano! El Vizconde y yo estábamos ahora mismo murmurando de vos.

DUQUES. (*Sonriendo.*) De veras?

VIZCOND. (*Aparte á la Princesa.*) Es esa la voz?

PRINCES. (*Id.*) Como quereis que juzgue por una palabra? Hacedla hablar... yo pondré cuidado.

VIZCOND. Seguís con el mismo anhelo por oir esta noche recitar á Adriana?

DUQUES. Oh! sí.

VIZCOND. Tiene un talento!.. un talento!.. Eh?

DUQUES. Grande!

VIZCOND. Al paso que la Duclós... es una actriz...

DUQUES. Nula.

PRINCES. (*Aparte.*) (No hay medio de sacarla una frase!) Yo empiezo ya á ser de vuestra opinion, duque-

sa. Para comprender todo el mérito de Adriana... esa verdad que tiene en cuanto dice, es necesario ponerse una á hablar en escena. La semana que viene representaremos un proverbio en casa de la duquesa de Noailles... yo hago papel.

DUQUES. Hola!

PRINCES. Pero tan mal!.. me hallo tan atada!.. Ahora estábamos repasando el Vizconde y yo... cuando llegásteis...

DUQUES. A estorbar?

PRINCES. Nada de eso!..

DUQUES. Seguid. Ya no hablo una palabra.

VIZCOND. (*Aparte.*) Estamos frescos!

PRINCES. Al contrario!.. Hablad!.. Yo estudio oyendo á los demás... sobre todo á vos... que pronunciais con una pureza!.. con una naturalidad!—Vereis: tengo en mi primera escena una frase... muy sencilla!.. pero que no acierto á decir bien!

DUQUES. Cuál?

PRINCES. Es esta: «No temais: me ha revelado vuestro secreto uno que me lo confia todo.»

DUQUES. Pues eso es muy fácil.

PRINCES. Yo quisiera oíroslo á vos!

DUQUES. A mí?

PRINCES. A ver, á ver! Cómo lo diriais?

DUQUES. (*Riendo.*) Yo no lo diria en mi vida!

PRINCES. (*Aparte al Vizconde.*) No se atreve!

VIZCOND. (*Id.*) Ella es!

ESCENA VIII.

Dichos.—EL PRÍNCIPE.—LA BARONESA.—DAMAS.—CABALLEROS.

(*La baronesa y las demas señoras salen por el foro con algunos caballeros. Otros caballeros salen con el Príncipe de su cuarto. La Princesa va á recibir á las damas, y las hace sentar en sillones que hay dispuestos á la derecha. Los hombres permanecen de pié delante de ellas.*)

PRINCES. Adios, baronesa!.. Oh! queridas mias!..

BOUILL. Sí, señor! la noticia es auténtica... (*Saludando á las damas.*) Oh! señoras!..—Auténtica!—Como si dijéramos, destilada... y ensayada al crisol!—Puedo aseguraros que á estas horas está libre... enteramente libre.

DUQUES. Quién?

BOUILL. El Conde de Sajonia.

PRINCES. (*Aparte.*) Mauricio!.. Cómo es posible!..

BARON. Pues qué! no lo sabíais? Yo lo sé desde esta mañana! El futuro soberano de Curlandia ha sido preso por una deuda de consideracion.

DUQUES. Si, eso lo sabia; pero cómo está libre?

BARON. Por medios novelescos!

DUQUES. Alguna aventura de las que á él solo le suceden?

BARON. Pero que esta vez tiene mucho de plebeya. Le han pagado sus deudas.

DUQUES. Sí, sí: pero quién?

PRINCES. No se dice quién se las ha pagado?

BARON. Eso... como no le sepa el Príncipe... mis noticias no alcanzan más allá.

BOUILL. Ni las mias tampoco.

VIZCOND. Entonces no es cierto!

BARON. Oh! eso sí! Lo sé por un amigo íntimo del Conde.

BOUILL. Yo lo sé por Florestan, que ha hablado con él mismo: por señas que ha ido de parte de Mauricio á desafiar al conde de Kalkreut.

DUQUES. (*Aparte.*) Ay! Dios mio!.. Quién le mete?..

VIZCOND. A ese sueco que ha vendido la letra al embajador?

BOUILL. Justo.

DUQUES. Accion infame!.. indigna de un caballero!

BOUILL. A estas horas ya se habrán batido.

DUQUES. (*Aparte.*) Ay! Dios!..

PRINCES. Y se sabe el resultado del lance?

BOUILL. Todavía no.—Quizá por eso no tengamos aquí á Mauricio esta noche...

DUQUES. Oh! no hay cuidado por él!—Vendrá!

PRINCES. (*Observándola.*) Mucha confianza es esa!..

ESCENA IX.

Dichos.—Un Lacayo.—Adriana.—Rigolet.

Lacayo. (*Anunciando.*) La señora Adriana y el señor Rigolet, del teatro francés.

Vizcond. Ya está aquí! (*Todos van á su encuentro.*)

Bouill. (*Dando la mano á Adriana.*) Oh! cuánto os agradecemos, señora, la Princesa y yo, el honor que os dignais dispensarnos!

Duques. (*A la Princesa.*) Presentadme, Princesa!.. Deseo tanto admirarla de cerca!

Princes. (*Presentándole á la duquesa.*) La duquesa de Aumont.

Adrian. Oh! Señoras!.. me confundís con tanto honor!.

Rigolet. (*Aparte.*) Qué tal!—A ver si no parece más duquesa que todas ellas!

Adrian. Yo soy quien debe daros gracias por esta distincion...

Princes. (*Al oir su voz.*) Oh! cielos!

Adrian. Que proporciona á esta humilde artista la ocasion mejor de estudiar este tono esquisito... estos modales elegantes que solo vos poseeis.

Princes. (*Aparte.*) Qué oigo!.. Esta voz!..—No es posible!.. Yo sueño!.. Es mi imajinacion sin duda que la hace vibrar constantemente á mis oidos! Una cómica rival mia!—Y por qué no?—La que llega, como esta, á adquirir ese prestijio... esa aureola de gloria que seduce... que deslumbra!.. (*Mirándola.*) No está ahí ahora mismo llevándose la atencion de todos!.. Qué tendrá de estraño que él tambien?..—Ah! esta duda es insoportable!.. quiero salir de ella á toda costa!—Vaya! no empezamos?

Bouill. Aguardemos un poco al Conde de Sajonia, puesto que dicen que ha de venir.

Princes. (*Observando á Adriana.*) Me parece que os haceis ilusion: el Conde no vendrá. (*Aparte.*) Se ha turbado!

Bouill. Cómo no?... Supuesto que le ha abierto su prision la mano del amor...

Princes. (*Aparte.*) (Se regocija!... Habrá sido ella quien

lo ha librado?...) Yo no he querido antes aguar la fiesta; pero ya sabeis que se ha batido!...

ADRIAN. (*Aparte.*) Se ha batido!...

PRINCES. (*Aparte.*) (Se inmuta!...) El Vizconde, que todo lo averigua, me ha dicho que el Conde ha salido herido de gravedad.

VIZCOND. (*Asombrado.*) Yo!...

PRINCES. (*Aparte al Vizconde.*) Callad!... (*Yendo hácia á Adriana, que cae desvanecida en un sillon.*) Jesus!... Adriana se ha puesto mala!

RIGOLET. (*Acercándose.*) Adriana!...

DUQUES.
BARON. } Dios mio!...

ADRIAN. (*Volviendo en sí.*) No es nada!... nada!... Las luces!... el calor de la sala!... (*A la Princesa que la hace oler un pomo.*) Mil gracias, señora!... tanta bondad!... (*Aparte mirándola.*) Cielos!... qué mirada!...

ESCENA X.

UN LACAYO.—*Luego* MAURICIO.

LACAYO. (*Anunciando.*) El señor Conde de Sajonia.

TODOS. (*Con esclamacion de sorpresa.*) Ah!... (*Adriana quiere ir hácia él: Rigolet la detiene por la mano. Adriana y la Princesa permanecen mirándose una á otra.*)

RIGOLET. Cuidado, Adriana!... Mira que el gozo suele vendernos más que el dolor!

BOUILL. Cómo decia el Vizconde que estábais herido!...

VIZCOND. Permitid!...

MAUR. Bá! Desde que murió Cárlos XII, los suecos no saben batirse!

BOUILL. Conque el conde de Kalkreut...

MAUR. Oh! Desarmado al primer quite! (*Aparte á la Princesa.*) Oh! generosa amiga! Este rasgo...

PRINCES. (*Aparte.*) Qué dice!...

MAUR. (*Idem.*) Pensaba marcharme de París sin veros; pero el servicio que me habeis hecho... me encadena de nuevo...

ADRIAN. (*Aparte.*) La está hablando en voz baja!... Si será esta!... Si será esta!...

PRINCES. (*Aparte á Mauricio.*) Pero... qué quereis decir?...

MAUR. Que no le acepto sino á condicion de que.. blaremos.

PRINCES. Bien, luego: cuando todos se vayan.

MAUR. Corriente! (*Saludando á Adriana.*) Señora!...

BOUILL. (*Llevándose á Mauricio.*) A propósito de la Suecia; querido Conde, allí la química creo que... (*Se lo lleva al fondo y desaparece con él un rato.*)

VIZCOND. (*A la Princesa.*) Decidme ahora, Princesa: por qué inventásteis antes aquello de...

PRINCES. Por qué?... Porque siempre traeis unas paparruchas!... (*A las damas.*) Figuraos, señoras... que este pobre Vizconde anda desde ayer despepitándose por descubrir un secreto: la dama incógnita que adora el Conde de Sajonia... Y ahora caigo!... La señorita Adriana pueda quizá decirnos algo!

ADRIAN. Yo, señora!

PRINCES. Sí tal! dicen por ahí que la persona en cuestion pertenece al teatro!...

VIZCOND. Qué disparate!...

ADRIAN. Cosa rara!... Por el teatro dicen que la querida del Conde es una gran señora!

VIZCOND. Más probable es eso!

PRINCES. A mí me han hablado de cierto encuentro nocturno...

ADRIAN. Y á mí de una visita á cierta casa de recreo...

DUQUES. Hola! Eso tiene interes!...

PRINCES. Dicen que la actriz se vió sorprendida por una rival celosa...

ADRIAN. Aseguran que la gran señora se vió obligada á huir de un marido indiscreto...

DUQUES. Qué enteradas estais las dos!...

VIZCOND. Más que yo, seguramente!

DUQUES. Pero en fin, para que pudiéramos decidir la cuestion seria preciso que nos diérais alguna prueba...

PRINCES. La mia es un ramo que la ninfa puso en manos de su amante... un ramo de rosas, atado con un cordon de oro y seda.

ADRIAN. (*Aparte.*) Mi ramo!
DUQUES. Y la vuestra, señora?
ADRIAN. La mia? La mia es cierta prenda que la gran señora dejó caer huyendo por el jardin.
DUQUES. Qué prenda?
ADRIAN. Un brazalete de diamantes.
PRINCES. (*Aparte.*) Mi brazalete!...
VIZCOND. Eso parece una novela!..
ADRIAN. Pues es una realidad! Como que el brazalete ha venido á parar á mis manos... (*Mostrándolo.*) Y aqui esta!
VIZCOND. (*Tomándolo y mostrándolo.*) Soberbia alhaja!.. Mirad, señoras!..
PRINCES. Admirable!.. Qué bien trabajado!.. (*Vá á tomarlo; pero el Príncipe se acerca con Mauricio.*)
BOUILL. Qué es eso?.. Qué se celebra por aquí?..
VIZCOND. Este brazalete!
BOUILL. Ah! el de mi mujer! (*Lo toma.*)
TODOS. Su mujer!
BOUILL. (*Enseñándolo.*) Cosa de buen gusto!.. no es verdad?
ADRIAN. (*Aparte.*) Era ella!
PRINCES. Dadme acá. (*Se lo pone y dice con serenidad.*) Conque vamos... Ya que tenemos aqui sano y salvo al señor Conde de Sajonia... si la señorita Adriana es tan amable que nos quiere recitar unos versos...
ADRIAN. (*Fuera de sí.*) Versos!.. Yo!.. en este momento!..—No he visto descaro igual!..
RIGOLET. (*Aparte á Adriana.*) Serénate y estudia! En la sociedad hay cómicos mucho mejores que nosotros! (*Todos se colocan á la derecha: las damas sentadas, los hombres de pié.*)
MAUR. Oh! Señora!.. nos dareis el placer?..
ADRIAN. (*Friamente.*) Sí, señor Conde!
PRINCES. Somos dichosos!.. Sentémonos, señoras!.. Conde, á mi lado!
ADRIAN. (*Aparte.*) Los dos juntos!... delante de mí!... Como para humillarme!.. Dios mio!.. Dadme fuerzas para contenerme!..
BOUILL. Qué nos vais á recitar?
DUQUES. El sueño de Paulina!..
BARON. La Andrómaca!..

BOUILL. La Camila de los Horacios!..
PRINCES. Mejor será el monólogo de *Dido abandonada*!
ADRIAN. (*Aparte.*) Ah! esto es demasiado!..
DUQUES. No, no!—*Fedra*! *Fedra*!.. que la hicísteis anteayer tan admirablemente.
ADRIAN. *Fedra*!—Bien!
TODOS. Silencio!.. (*Todos están á la derecha: Rigolet á la izquierda: Adriana está sola en medio.*)
ADRIAN. (*Recitando con una agitacion nerviosa que vá en aumento y fijos sus ojos en la Princesa, que de cuando en cuando le habla á Mauricio al oido con afectacion.*)

«Justo cielo! Qué he hecho! Ya mi esposo
se acerca á este palacio... ya me busca!..
Y su hijo con él!.. Ah! sí, su hijo!
testigo ¡oh Dios! de mi pasion adúltera!
El notará cómo á su padre escondo
este remordimiento que me abruma!..
estos suspiros que mi pecho ahogan,
(*Mirando á Mauricio.*)
y que ese ingrato indiferente escucha!..
este llanto de fuego con que en vano
ablandar quise sus entrañas duras!..
Y piensas tú que Hipólito, sensible
al honor de Teséo, no descubra
á su padre y su rey que yo he manchado
su casto lecho con mi llama impura?..
Y aunque lo calle... qué me importa! Basta
saberlo yo para morir de angustia!
(*Dirigiéndose á la Princesa fuera de sí.*)
No soy de esas impávidas mujeres
que en los brazos del crímen paz disfrutan,
y cubren de una máscara su rostro,
donde no asoma la vergüenza nunca!
(*Permanece señalando con el dedo á la Princesa. Movimiento de espanto en todos que se levantan.*)

PRINCES. (*Con calma.*) Bravo!.. bravo!.. admirable!
TODOS. Admirable!
RIGOLET. (*Aparte á Adriana.*) Desgraciada!.. Qué has hecho!

ADRIAN. Vengarme!

PRINCES. (*Fuera de sí.*) Qué horrible afrenta!.. Ah! me las pagará!

ADRIAN. (*Al Príncipe.*) Me siento conmovida!.. Permitidme que me retire...

PRINCES. (*A Mauricio que se dirige á Adriana.*) Quedaos! Me dísteis vuestra palabra.

BOUILL. (*A Adriana.*) Por mucho que nos pese... no nos atrevemos á insistir. (*Yendo al foro.*) El coche de la señora Adriana!

ADRIAN. (*Aparte á Mauricio.*) Seguidme.

MAUR. (*Id.*) Imposible esta noche! Mañana os diré...

ADRIAN. (*Id.*) Basta! (*El Príncipe se lleva á Adriana de la mano por el foro. Damas y caballeros la abren paso saludándola y se ván detrás de ella. La Princesa que los ha despedido, dice á Mauricio.*)

PRINCES. Aguardadme allí. (*Señala la puerta izquierda. Mauricio entra por ella. La Princesa queda sola. Se deja caer en un sillon y apoya la cabeza en ambas manos. Momento de silencio. De repente alza los ojos como herida de un pensamiento terrible. Se levanta, va al secreter de la derecha, lo abre, saca el cofrecito del acto primero y se dirige á la puerta del foro.*)

PRINCES. (*Cruzando la escena con una esclamacion satánica.*) Ah!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Habitacion de Adriana. A la derecha una chimenea: delante una mesa y un sillon. Puerta en el foro: puerta á la izquierda. Sillones.

ESCENA PRIMERA.

RIGOLET.—*Luego* ADRIANA.

Rigolet aparece á la puerta del foro hablando con la criada.

RIGOLET. Sí: ya sé que está desazonada... que no recibe... que son más de las doce... que acaba de llegar de una reunion... todo eso lo sé. Pero si no se ha acostado todavia, decidle que soy yo... su amigo Rigolet...

ADRIAN. (*Saliendo.*) Ah! déjale entrar!

RIGOLET. (*A la criada que se retira.*) Lo veis!

ADRIAN. Cuánto me alegro de que hayais venido!

RIGOLET. No he podido retirarme á casa sin venir á saber si te has aliviado.

ADRIAN. Mucho he padecido esta noche!

RIGOLET. Pues y yo?

ADRIAN. Pero así que os veo, me siento consolada!

RIGOLET. Y yo tambien!—Despues de dejarte aquí, me fuí á dar un vistazo por el teatro... de allí vengo.

ADRIAN. Se ha acabado la funcion?

RIGOLET. Iba á acabarse, cuando yo salí.

ADRIAN. Pues bien, es necesario... Estoy tan mala, Ri-

golet!... es necesario hacer anunciar que me es imposible trabajar mañana.

RIGOLET. Descuida: yo iré por allá á arreglarlo, y te traeré la contestacion.

ADRIAN. Cuántas molestias os causo!

RIGOLET. Calla, calla! no hablemos de eso!—Lo que me tiene en áscuas es otra cosa!

ADRIAN. Qué?

RIGOLET. La escena de esta noche en casa de la Princesa!—Crees tú que ha habido allí una sola persona, escepto su marido, que no haya entendido la alusion... empezando por ella?

ADRIAN. Quién lo duda!—Descargué sobre ella un golpe mortal!... no es cierto? Ah! qué gozo! Aquel instante me indemnizó de todo cuanto habia padecido!—Cada uno de aquellos versos que recitaba, me parecia que era un puñal que la clavaba en el corazon!—No observásteis el terror que se manifestó en todos los semblantes?... No notásteis aquel sordo rumor... y luego aquel silencio sepulcral!.. No la vísteis á ella á pesar de su audacia, pálida y trémula, al rayo de mis miradas?—Ah! es que habia yo impreso una marca de infámia en aquel rostro...

donde no asoma la vergüenza nunca!

RIGOLET. Pues eso es justamente lo que me tiene asustado!... Lo bien que lo hiciste!... demasiado bien!—Mira que esas grandes señoras... así tan delicadas, tan finas, tan graciosas... con aquellas guirnaldas y aquellas gasas... son malas y vengativas como el mismo Satanás! sobre todo todo esa... esa... á quien fuí yo á proponer que hiciera la *Cleopatra*!... Bien á lo vivo puede hacerla!—Esa no retrocede ante ningun medio... con tal de vengarse ó deshacerse de una rival.

ADRIAN. Y qué me importa! Qué mayor herida puede hacerme que la que causan en mi corazon estas palabras: Mauricio la ama!—Sí!... en este momento está á su lado!... consolándola con sus caricias!... No sabeis que al marcharnos le dije

en voz baja que me siguiera... y ella al mismo tiempo le mandó que se quedára?...

RIGOLET. Y qué?

ADRIAN. Y se quedó!... se quedó con ella!...—Ah! no puedo con esa idea!... (*Se dirige al foro.*)

RIGOLET. Dónde vas?

ADRIAN. A arrojarme entre los dos!... á separarlos!... á matarlos!... y sea de mí lo que quiera!...

RIGOLET. Estás loca!

ADRIAN. (*Volviendo y arrojándose en un sillon.*) No es eso mejor que morirse aquí de celos!... de desesperacion!... Porque no lo dudeis... me moriré!

RIGOLET. No, Adriana! no lo creas!... Se siente así... una fiebre... lenta!... una punzada contínua que desgarra aquí dentro... pero no se muere uno!... no se muere!... Ya ves... ya ves que yo no me muero.

ADRIAN. Vos!

RIGOLET. Te asombra lo que te digo, eh?—No podias tú figurarte que bajo esta ruda corteza habia un corazon... un corazon que padece como el tuyo... que ama!... que brota sangre como el tuyo!

ADRIAN. Qué decis!... Vos habeis esperimentado...?

RIGOLET. Sí!... Allá... hace tiempo... hace mucho tiempo!...—Créeme, hija mia: á todo se acostumbra uno... hasta á ser desgraciado!

ADRIAN. Ah! no he de tener yo menos valor que vos! Quiero imitaros... sí: yo triunfaré de una insensata pasion... que ya me avergüenza!

RIGOLET. De veras?

ADRIAN. Sí, sí! Ya veis que hablo de él sin ira... sin ódio... que su recuerdo no me altera... que su nombre no me conmueve...

ESCENA II.

Dichos.—LA CRIADA *con el cofrecillo.*

CRIADA. Señora!

ADRIAN. Qué?

Criada. Han traido este cofrecillo para vos.

Adrian. Quién?

Criada. Un lacayo sin librea, me ha dicho que es de parte del señor Conde de Sajonia, y se ha marchado sin aguardar respuesta.

Adrian. De él! (*Tomando el cofrecillo.*) Bien, vete, vete!—(*Vase la criada, Adriana pone el cofrecito en la mesa y se sienta toda trémula.*) Dios mio!... qué será esto?... Me tiembla la mano... apenas puedo abrirlo...

Rigolet. Y dice que ya no le ama!

Adrian. Veamos... (*Lo abre y dá un grito de dolor.*) Ah!...

Rigolet. Qué es eso?

Adrian. Al abrir esta caja... he esperimentado una sensacion dolorosa... un frio glacial que corrió por todo mi ser!... y era el presagio del golpe que me esperaba!

Rigolet. Pues qué hay en esa caja?

Adrian. Mi ramo! (*Sacando el ramo del acto primero.*) Este es!... el que tenia yo ayer en la mano cuando él llegó!... el que me pidió y yo le dí como prenda de amor!—En buen hora que lo despreciára... que lo tirára! pero devolvérmelo así... con intencion marcada!... unir la afrenta al desprecio!...

Rigolet. Eso no puede haber nacido de él... será tu rival quien le habrá obligado...

Adrian. (*Levantándose indignada.*) Y quién obedece tan infame mandato? Quién por esclavizado que esté, no se subleva ante la idea de insultar á la mujer que ha amado? (*Cayendo de nuevo en el sillon y contemplando un rato en silencio el ramo.*) Flores de un dia!... tan fragantes ayer!... hoy mústias y marchitas!... aun habeis durado más que sus juramentos!—Pobres rosas!... recibidas por él con tanto entusiasmo, con tanto amor!... os reclinásteis en su pecho... y vino otra mujer, y os echó de allí!—Rosas!... tampoco en el mio podeis posaros!...—Recibid en estos últimos besos... (*Llevándolo con fuerza á sus lábios.*) mi adios eterno!...—Ah! quizá sea un adios á la vida!...—Separémonos!... no

queda nada de vosotras... ni de mi amor! *(Lo arroja al fuego.)*

RIGOLET. Adriana!... Adriana!...

ADRIAN. *(Levantándose y apoyándose en el mármol de la chimenea.)* No temas!... *(Llevando la mano al corazon.)* Estoy mejor!—Todo se acabó!

ESCENA III.

Dichos.—MAURICIO *por el foro.*

MAUR. *(Dentro.)* Para mí no se niega, dejadme!—*(Saliendo.)* Adriana!

ADRIAN. *(Echándose en sus brazos.)* Mauricio!—*(Queriendo desasirse.)* Ah! qué hago!... Dejadme!... dejadme!

MAUR. No!... Vengo á echarme á tus piés!... vengo á implorar perdon!—Si no te seguí cuando me lo mandaste, fué porque me detenia allí el deber... el honor... el peso de un beneficio que me abrumaba... Así lo creía yo entonces!... y no queria que pasase la noche sin decir á la Princesa. «No puedo aceptar vuestro dinero, porque no os amo, porque amo á otra.»—Pero juzga cuál sería mi sorpresa, cuando al decirle yo estas palabras, veo á aquella mujer arrojarse á mis piés temblando... pálida... desencajada!... y confesarme que los celos la han precipitado... que ella fué quien me hizo prender..,

ADRIAN. Cielos!

MAUR. Los remordimientos, la desesperacion estaban pintadas en su rostro!...—«No salgas!... no te apartes de aquí, me decia,—soy un mónstruo!... perdon! perdon!...» y abrazaba mis rodillas... y no me dejaba dar un paso...—Pero al fin logré desasirme de ella y salí precipitado á la calle.—Oh! qué enorme peso se me quitó del corazon!... Hallarme de repente con que nada la debo!... con que puedo despreciarla... aborrecerla!... con que puedo volar hácia tí... refujiarme á tus piés... mi protectora... mi án-

gel salvador!.. Aquí me tienes! (*Cayendo á sus piés.*)

ADRIAN. Puedo creerte?

MAUR. Juro por el cielo... por mi honor, que te he dicho la verdad! Lo demás lo ignoro. No sé... no sé cuál ha sido la mano que me ha sacado de mi prision... No sé todavía quién me ha devuelto mi libertad, mi espada y mi glorioso porvenir!—Lo sabes tú quizá?... Ayúdame á descubrirlo!...

ADRIAN. (*Bajando los ojos.*) No lo sé!.. no lo puedo decir!...

RIGOLET. (*Poniéndose entre los dos.*) Ella!.. ella ha sido!

ADRIAN. Callad!.. callad!..

RIGOLET. (*Con fuego.*) Ella!.. que por vos ha dado sus alhajas... sus diamantes... todo lo que tenia... y lo que no tenia!..

ADRIAN. No es cierto!

RIGOLET. Sí, es cierto! Sí, señor!.. y por más señas, ha tenido que pedir prestado á uno... á uno que no conozco... Sí, señor!.. podeis creerme... podeis creerme á mí, que la quiero!.. que la quiero como un padre!.. Eso es: como un padre!

ADRIAN. Llorais?

RIGOLET. De alegria!.. de gozo!.. de...—Adios!—Ya sabes que tengo que ir al teatro, para.... Adios! (*Váse.*)

ESCENA IV.

ADRIANA.—MAURICIO.

MAUR. Conque has sido tú!

ADRIAN. Y ese!.. ese, que es mi mejor amigo... y me ha ayudado.—Pero no hablemos de esto: ya lo has aceptado.

MAUR. Con una condicion.

ADRIAN. Cuál?

MAUR. Que en cambio, no has de rehusar nada de mi mano.—Ignoro el porvenir que me está reservado: no sé si en el campo de batalla perderé ó ganaré la corona ducal que los estados de Cur-

landia me ofrecen: pero si salgo vencedor, juro partir contigo el trono que me ayudas á conquistar! juro darte este nombre que me ayudas á inmortalizar!

ADRIAN. Yo tu esposa!

MAUR. Tú! que has nacido con un corazon de Reina!.. Tú, que has elevado mi inteligencia!.. Tú, que has purificado mis sentimientos!—Tú, que has encendido en mi pecho el fuego de los héroes!.. Tú, Adriana!.. Pero... cielos!.. esa palidez!..

ADRIAN. No temas!.. Este placer repentino... despues de una desesperacion tan horrible... me ha trastornado sin duda...

MAUR. (*Ayudándola á sentarse.*) No puedes sostenerte!..

ADRIAN. Es verdad!.. Un vértigo estraño... un dolor sordo... me está mortificando... hace un rato... desde que llevé á mis lábios ese ramo...

MAUR. Cuál?

ADRIAN. Nécia de mí!.. yo lo tomé por un adios de despedida... y era el mensajero de tu amor!

MAUR. Qué estás diciendo?

ADRIAN. Sí; el ramo que te dí y que tú me has devuelto dentro de ese cofrecillo...

MAUR. Yo!.. si yo no te he enviado tal ramo.—Dónde está?

ADRIAN. Allí... hecho ceniza!—Creí que nos despedias á los dos... y ni él ni yo podiamos ya vivir!

MAUR. (*Aparte.*) (Ah! ella ha sido sin duda! Ella lo tenia!)—Pero... Adriana!.. estás trémula!.. Qué sientes?..

ADRIAN. (*Señalando el corazon.*) Aquí nada ya!—*(Llevando la mano á la cabeza.*) Es aquí!.. aquí!..—Cosa singular!... una porcion de visiones fantásticas... que pasan... y vuelven á pasar... confusamente y sin órden...—Díme: de qué hablábamos?.. qué te estaba yo diciendo?.. Ya no me acuerdo!—Creo que mi cabeza se trastorna!.. Y mi juicio... por más que quiero sujetarlo... no puedo... se me va!—(*Con un grito de dolor.*) Ah! no por Dios! que si ahora lo pierdo, pierdo la felicidad!—(*Empezando á delirar.*) No, no!.. no quiero perderlo!.. Por Mauricio, primero!..

Y luego, por la funcion de esta noche!—Qué se diría!—Ya han encendido... Qué lleno está el teatro!—Es natural!—Hago yo la *Berenice* por primera vez!—Se ha anunciado tanto!.. se ha hablado tanto de esta obra!.. Un papel tan difícil!.. en que tanto ha brillado una célebre actriz!..—Si yo pudiera... acercarme á ella no más!... Veremos!.. Mauricio estará allí!.. su presencia me animará!—Con qué placer le dirigiré á él aquellos versos!.. aquel: «yo te amo!» —A él, á él!.. delante de todo el mundo... y sin que nadie lo conozca!

MAUR. Adriana!.. Adriana!.. vida mia!.. vuelve en tí!..

ADRIAN. Chit! Calla, calla!—Voy á salir á la escena. (*Se adelanta como haciendo la salida.*)—Qué brillante concurrencia!.. Lo más lucido de la córte!.. Grandes... poetas... artistas!.. Todos los ojos fijos en mí!—Me aplauden al salir!... Oh! qué bueno es el público conmigo!.. (*Saludando.*) Gracias!.. gracias!..—Oh! allí le veo en su palco!.. él es!.. se sonrie!..—Adios, Mauricio!—Oye: para tí son estos versos!

«Vive feliz y en mi constancia fia:
el corazon de Berenice es tuyo!
Acéptalo, mi bien!.. por mas que sea
á tu precioso amor pobre tributo.
Pluguiera al cielo... que el mayor monarca
de los que adora prosternado el mundo,
á ofrecerme viniera, con su mano,
todos los cetros de la tierra juntos!..
y tú, solo tu amor!.. vieras entonces
si el que yo te profeso es noble y puro!

MAUR. (*Tomándola la mano.*) Adriana!..—Adriana!.. —Qué es esto!.. no me vé!.. no me oye!—Qué delirio es este!.. Dios mio!.. no sé qué hacer!.. (*Ajitando la campanilla que hay sobre la mesa: sale la criada con una carta.*)

CRIADA. Señor Conde!..

MAUR. Tu ama se ha puesto mala...

CRIADA. Es posible!..

MAUR. Que venga alguien aquí!..

CRIADA. Esta carta han traido para vos.

MAUR. Quién?.. Dame. *(La toma y mira el sobre.)*

CRIADA. No sé... un criado!.. El mismo que vino antes...

MAUR. *(Tirando la carta sobre la mesa.)* De la Princesa!—Súplicas!.. Quejas!.. Importuna!—Corre, corre!.. Llama algun amigo. *(Váse la criada.)* Yo no me separo de ella..... no la dejo sola! *(Tomándole la mano.)* Adriana!.. Adriana!... Aquí estoy yo!.. Atiéndeme!

ADRIAN. Mira!.. Mira!..—Quién es esa que entra en su palco?.. que se sienta á su lado?.. La conozco... por más que trata de ocultarse!.. Es ella!.. Es ella!.. Le habla al oido!.. *(Con desesperacion.)* Mauricio!.. No me mira!..—Mauricio!..

MAUR. Aquí le tienes... está á tu lado!..

ADRIAN. *(Sin oirle.)* Se miran!.. Se dan la mano!.. Ella le dice: «quédate!..»—Y se queda!.. y me deja morir!

MAUR. Adriana!.. Por piedad!

ADRIAN. *(Con furor.)* Piedad!..

«Impío!..
Vé á jurarle la fé que me has jurado!
Lleva hasta el mismo pié de los altares
un corazon que es mio!.. Allí mi brazo,
ministro de la cólera celeste,
sabrá, traidor!.. aniquilar á entrambos!..

(Dando un grito y conociendo á Mauricio.) Ah!.. Mauricio!.. *(Se echa en sus brazos.)*

MAUR. Dios mio!.. Y nadie viene á socorrerla!..—Sí!.. oigo pasos!.. *(Viendo á Rigolet.)* Ah! Llegad!..

ESCENA V.

Dichos.—RIGOLET.

RIGOLET. Es cierto que Adriana está mala?..

MAUR. Adriana se muere!..

RIGOLET. Cómo!.. *(Trayendo un sillon al medio y ayudando á colocarla en él.)* No, no!.. Respira

bien!.. Esto pasará!.. Ella suele tener... (*Receloso.*) Sin embargo!..

MAUR. Ya abre los ojos!.. No perdamos la esperanza!..

ADRIAN. Ah! Qué ardor!..—Quién sois?.. Quién está conmigo?.. (*Con gozo.*) Mauricio!.. (*Volviéndose y viendo á Rigolet.*) Y vos tambien!... Siempre que padezco, os hallo á mi lado!—(*Señalando á la cabeza.*) Ya no es aquí!.. Ahora es aquí... en el pecho!.. Siento... como una hoguera!.. Como un fuego que me consume!..

RIGOLET. (*Tirando del brazo á Mauricio y llevándoselo aparte.*) Conde!.. Conde!

MAUR. Qué?

RIGOLET. Pero estais ciego!.. No veis!.. no veis... las señales de un veneno!

MAUR. Cómo!.. sospechais?.. De quién?..

RIGOLET. De quién quereis que sea!.. De su rival!..

MAUR. Callad!.. Callad!..

RIGOLET. Y en el teatro ha corrido la voz de una gran catástrofe en casa del Príncipe... Yo no pude enterarme...

MAUR. Qué decís!..—Ah! esa carta!.. (*Corre á la mesa, toma la carta y la abre con precipitacion.*) «El mismo veneno que corre por sus venas corre ya por las mias! Perdóname!.. y adios!... hasta la eternidad!»

RIGOLET. Qué os decia yo!—Socorro!.. un médico! (*Váse.*) *corriendo por el foro y sale en seguida.*)

MAUR. (*Cayendo en una silla, apoyada la cabeza en la mesa.*) Ah! todo lo veo!.. el ramo!.. el ramo!..

ADRIAN. Ah! yo me ahogo!.. Amigos!.. salvadme!.. Poco ha la muerte hubiera sido un beneficio para mí!.. Ahora no! Ahora no quiero morir!.. Mauricio me ama!.. me ha llamado su esposa!..

RIGOLET. (*Que ha acudido á su lado.*) Su esposa!..

ADRIAN. Dios mio!.. Dejadme vivir!.. unos dias!.. unos dias no más!

MAUR. (*Siempre junto á la mesa.*) Horrible venganza!

ADRIAN. La vida!.. La vida!.. (*Con desaliento.*) Es inútil!.. Se me acaba ya! Mauricio!.. no me dejes!.. (*Mauricio viene á su lado y le toma la mano.*) En breve mis ojos no podrán verte... ni mi mano estrechar la tuya!..

MAUR. Adriana!.. Adriana!..

ADRIAN. Triunfos de la escena!.. glorias del arte!.. Adios para siempre! Nada queda despues de mí!.. Nada sobrevive de nosotros... Nada más que un vago recuerdo. — Conservad el mio!—Adios, Mauricio!.. Mis únicos amigos... Adios!

RIGOLET. (*Con un grito de dolor.*) Ha muerto! *(Ambos caen á los piés de Adriana, besando cada cual una de sus manos.)*

FIN DEL DRAMA.

Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gérónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
Como usted quiera.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
El Don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
¡Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.